CUADERNOS
historia 16

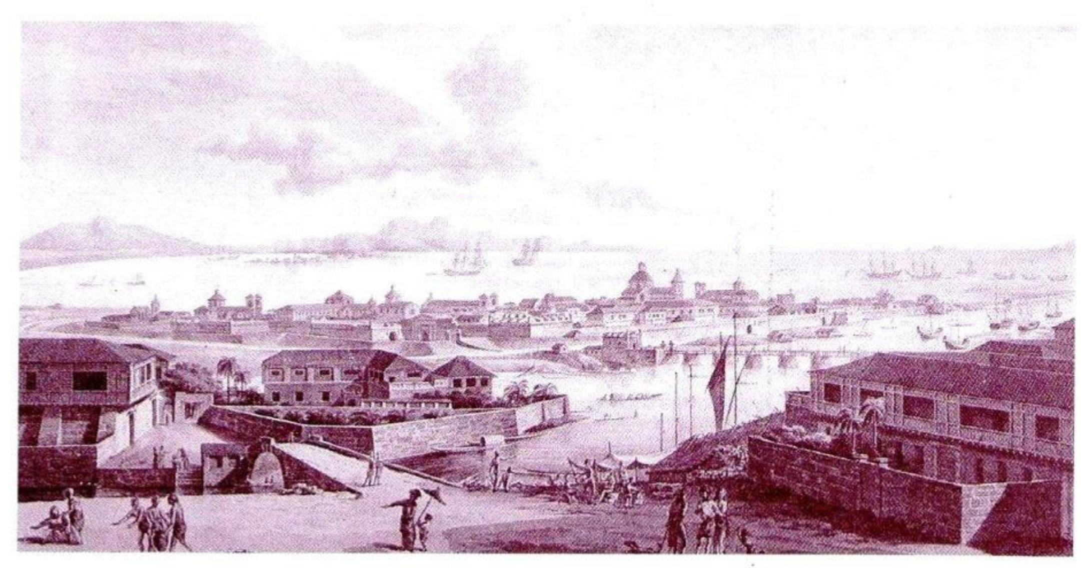
España en el Pacífico

Leoncio Cabrero



122

175 ptas



Vista de la ciudad de Manila y su bahía en el siglo XIX

Indice

ESPAÑA EN EL PACIFICO

Por Leoncio Cabrero
Historiador. Profesor de Historia de América. Universidad Complutense de Madrid

España en el Pacífico

Leoncio Cabrero
Historiador. Profesor de Historia de América.
Universidad Complutense de América

LA presencia de España en el Pacífico, en el siglo XVI, estuvo estrechamente vinculada a la política ultramarina de los portugueses. El descubrimiento de las islas de la Especiería, las Molucas, por parte de los lusitanos, fue lo que animó a la Corona Española a interesarse por aquellas lejanas islas, situadas en el Pacífico. Las disputas sobre la propiedad de las mismas, y el poder llegar hasta ellas por una ruta autorizada —que no fuese la vía de Africa— fueron las circunstancias que animaron a un portugués, Fernando de Magallanes, al servicio de Castilla, a la búsqueda de un paso que abriese la comunicación hacia el Maluco.

El viaje de Magallanes-Elcano representó para la Corona Española el descubrimiento de nuevos archipiélagos, uno, el más importante, el de San Lázaro —después islas Filipinas— fue hasta el año 1898 de dominio hispánico, donde se impusieron las instituciones, la cultura, la religión, el arte, procedentes de la Península o de la Nueva España, y que nos permiten hoy hablar de una Hispanoasia, siendo Manila la capital donde se centralizó el futuro histórico de todo el archipiélago.

El Atlántico portugués

A comienzos del siglo XV, la política lusitana estaba regida por don Juan, de la Casa de Avis, quien vivía inmerso en las duras lizas que su pueblo tenía que mantener como consecuencia de la guerra con Castilla. Contaba con un gran apoyo, su mujer, la reina doña Felipa, quien durante las largas ausencias del monarca coordinaba la política interna de la nación. Y fue ella quien decidió, contando con la ayuda de alguno de sus hijos y con la casi totalidad de la nobleza, el nuevo destino de Portugal: la invasión del norte de Africa. Se hacía necesario localizar las riquezas de oro que se comercializaban en las tierras de la Berbería, para, con ello, solucionar la dramática situación por la que atravesaba el país.

Pero era necesario, antes de dar el paso definitivo, confirmar con exactitud aquellas noticias. Se le encargó a un italiano, al servicio de Portugal, Malfonte —miembro de la banca italiana que prestaba dinero constantemente para el mantenimiento de la guerra—, la peligrosa y arriesgada misión de introducirse, como espía, en el norte de Africa. Malfonte, años atrás, había estado en la Berbería y conocía la lengua árabe. Pero su misión fracasó: fue descubierto, hecho prisionero y ajusticiado.

La tardanza del italiano intranquilizó a los políticos lusos. Ante la falta de noticias, se envió a Benedetto Dei. Con destreza, logró penetrar hasta la fortaleza de Ceuta, internándose desde allí en las tierras africanas, llegando a la ciudad de Timbuctú, importante centro comercial, donde abundaba el oro. A su regreso a Lisboa rindió un amplio informe de todo cuanto había visto. Sus noticias animaron a la Corte a organizar una expedición bélica.

Ceuta, llave oceánica

El año 1415, el rey don Juan, al frente de una gran escuadra, tomó por sorpresa la ciudad de Ceuta. Su conquista supuso la apertura de una vía descubridora para el pueblo lusitano: el Atlántico africano. El príncipe don Enrique, el Navegante, fue el impulsor de la expansión ultramarina y artífice de la escuela de náutica establecida en la localidad de Sagres.

Paulatinamente, en períodos espaciados, las naos portuguesas fueron reconociendo, con una navegación de cabotaje, la costa atlántica. Primero el cabo Bojador, después Guinea. Apartándose de la costa, llegaron a los archipiélagos de las Azores, Cabo Verde y la isla de Madeira.

En 1487, Bartolomé Díaz, perdido por grandes tempestades, pasó, sin saberlo, al otro lado de la costa africana. De regreso, al promontorio sur africano, lo bautizó con el nombre de cabo de las Tormentas.

El éxito del viaje de Díaz animó a la Corona

Llegada de Elcano y sus compañeros de expedición al puerto de Sanlúcar de Barrameda (Museo Naval, Madrid)



a organizar en 1498 una expedición al mando de Vasco de Gama, quien siguiendo los informes de su antecesor, pasó el temido cabo de las Tormentas, cambiándole el nombre por el de Buena Esperanza, denominación que ha llegado hasta nuestros días. En un viaje, Gama logró llegar hasta Calicut, en la costa de la India.

El contacto con aquellas lejanas tierras supuso el conocimiento de las especias. Se había llegado a las tierras donde se obtenían el clavo, la nuez moscada, la pimienta y el gengibre.

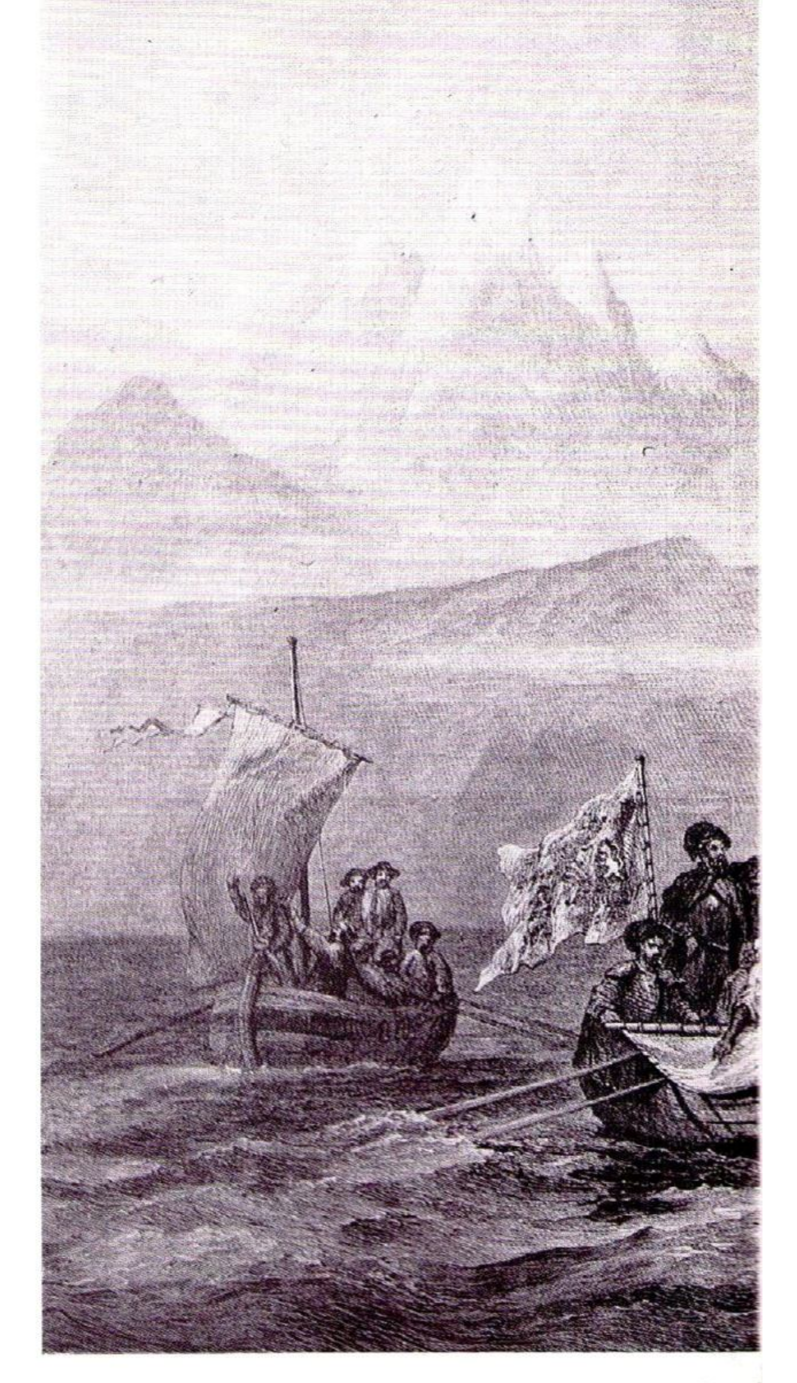
En 1505, y tras el éxito del viaje de Vasco de Gama, se nombró a Francisco de Almeida para que desempeñase el cargo de virrey; era el primer virrey de la India. Entre los miembros de su expedición iba un joven ansioso de gloria, llamado Fernando de Magallanes. En 1511, problemas políticos, de gran conflictividad, hicieron que la Corona reemplazase al virrey, y se nombrase en su lugar a don Alfonso de Alburquerque.

Con la conquista de Malaca el nuevo virrey extendió aún más los dominios portugueses. A la fortaleza de Malaca llegaban los mercaderes moluqueños, quienes traían las preciadas especias.

Controlada la situación en Malaca decidió conocer la realidad de las islas de la Especiería. Para ello organizó una flota de tres embarcaciones, una de ellas, capitaneada por Antonio de Abreu, en la que iba Magallanes, otra al mando de Francisco Serrao, y una tercera, pilotada por un indígena conocedor de la ruta. De las tres, solamente la de Serrao logró llegar a las Molucas. La embarcación en la que iba Magallanes regresó nuevamente a Malaca, y desde allí, al poco tiempo, regresó a Lisboa.

Llegaba en el momento en que se estaba organizando una expedición al norte de Africa para castigar a algunas ciudades levantiscas, y en esta nueva empresa se enroló Magallanes. Durante su permanencia en aquellas tierras fue acusado de malversación de fondos, lo que hizo que cayese en desgracia, no solamente ante la nobleza de Lisboa sino también ante el monarca, el rey don Manuel. Se le habían cerrado para siempre todas las puertas para conseguir más honores y distinciones en Portugal.

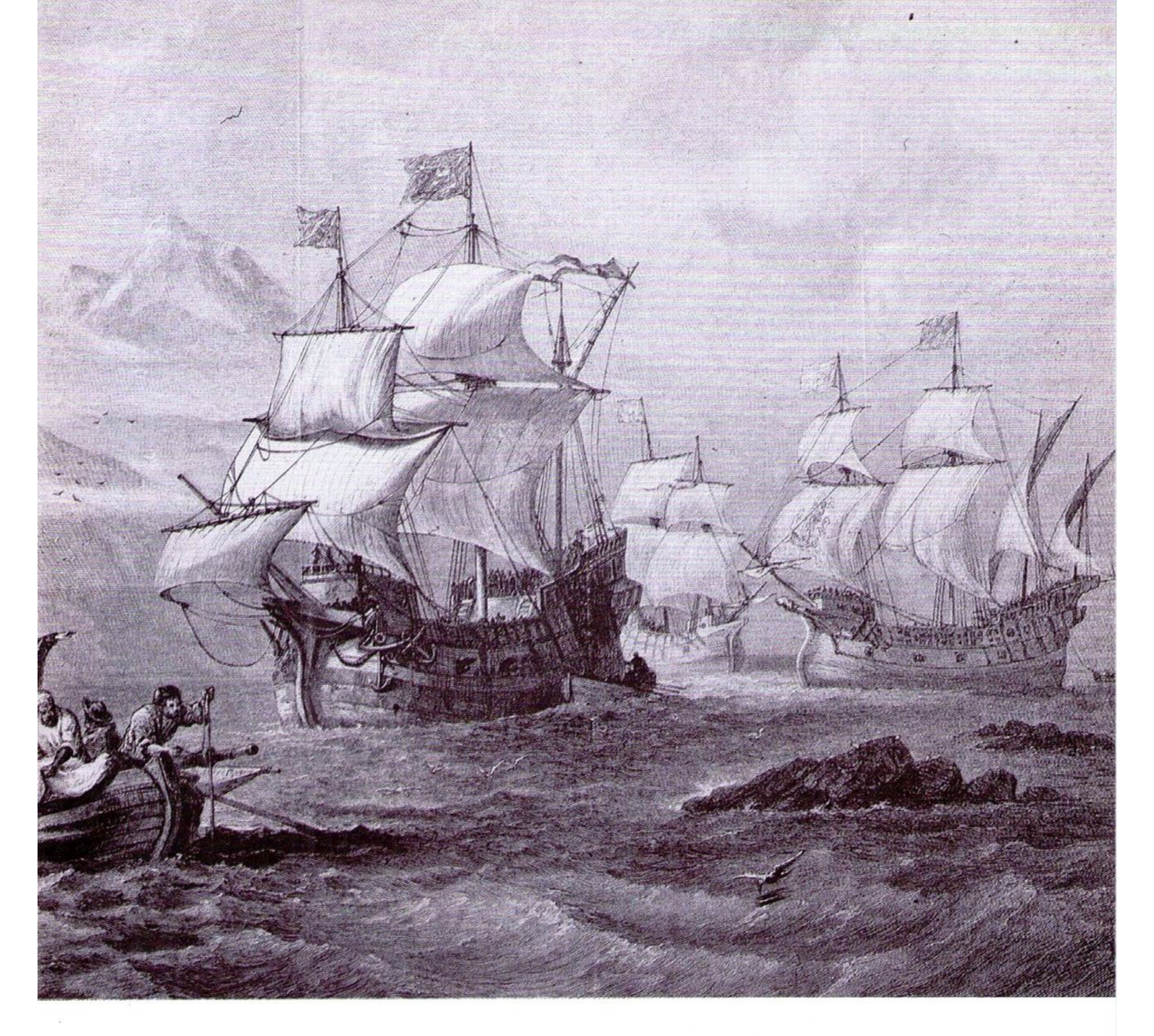
En el transcurso de todos estos sucesos, había recibido desde Molucas una carta de su amigo Francisco Serrano quien le daba datos geográficos de la situación de las islas, al mismo tiempo que opinaba que, a tenor de lo



La expedición de Magallanes descubre el estrecho que recibirá su nombre (plumilla a partir de un cuadro de O. W. Brierly)

acordado en el Tratado de Tordesillas, 1494, las Molucas no estaban situadas en la demarcación de Portugal, sino que correspondían a Castilla.

El encuentro fortuito de Magallanes con el cosmógrafo Ruy Faleiro, el cambio de impresiones con éste, sobre la duda de la situación de las Molucas, fue el acicate para que juntos pensasen en la posibilidad de ofrecer a la Corona Española la búsqueda de un paso entre el Atlántico y el Pacífico, y poder así, llegar a las Molucas. Según algún biógrafo de Magallanes, éste, durante las largas esperas en pa-



lacio, pendiente de ser recibido por el monarca, tuvo ocasión de ver en la biblioteca un globo terráqueo, obra de Martín Behaim, en el que aparecía marcada una escotadura que señalaba la existencia de una comunicación entre los dos océanos. Juntos, Faleiro y Magallanes, decidieron intentar la búsqueda de aquel paso, paso que solamente interesaba a la Corona castellana.

Magallanes, un portugués al servicio de Castilla

Aprovechando la noche, ante el temor de ser descubiertos, pasaron la frontera y se dirigieron a Sevilla, ciudad en la que Magallanes contaba con un gran valedor, Duarte Barbosa, tío de Diego, a quien había conocido en Malaca. Duarte Barbosa era hombre de prestigio, muy vinculado a los ambientes sociales sevillanos, y que fue quien les puso en contacto con los máximos responsables de la Casa de la Contratación.

Desde allí, ya casado con Beatriz Barbosa, Magallanes y Saleiro se trasladaron a Valladolid, donde se encontraba la Corte. Tan pronto se firmaron las Capitulaciones —1517—, regresaron nuevamente a Andalucía para dirigir y coordinar los preparativos de la expedición, compuesta de cinco naos.

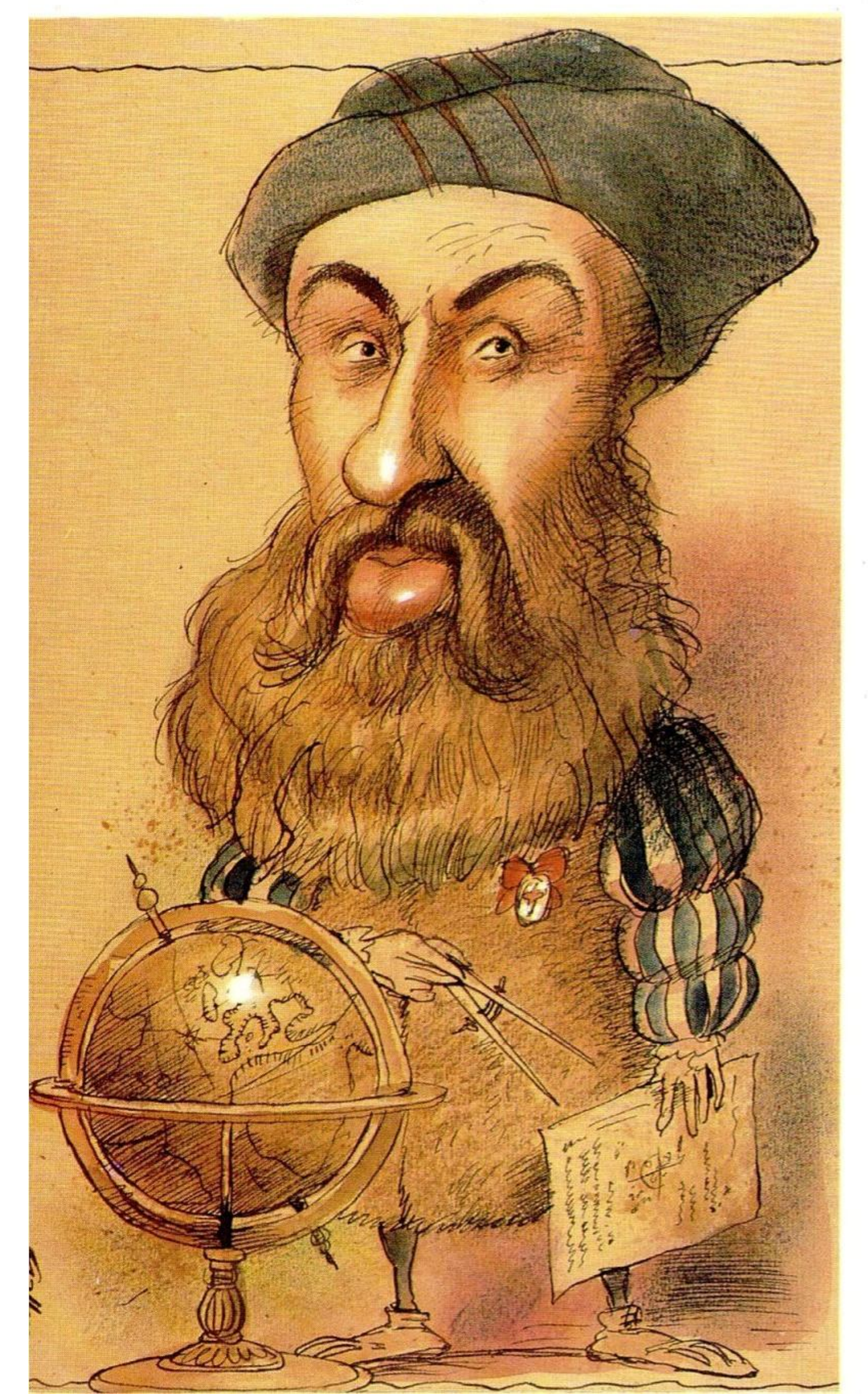
El tiempo fue pasando, y casi ya a punto de finalizar los trabajos, a mediados de 1519, Magallanes ordenó engalanar las naves con gallardetes y banderas, todos lusitanos. En los muelles del Guadalquivir se organizó un motín al ver las insignias portuguesas, que estu-

vo a punto de terminar con la vida del Capitán General, de no haber sido por la acertada intervención de alguno de los miembros de la Casa de la Contratación.

Las noticias de lo ocurrido en Sevilla supuso un cambio radical en los destinos de la empresa magallánica.

El Obispo Fonseca, vicepresidente del Consejo de Indias, ante los sucesos ocurridos y ante el temor de dejar la responsabilidad de la expedición en manos de dos portugueses, decidió retirar a Ruy Faleiro, prometiéndole con buenas palabras el mando de una futura expedición. En su lugar, y como *persona conjunta* a Magallanes, nombró a Juan de Cartagena, individuo muy allegado al grupo de poder del obispo.

Por fin, en septiembre de 1519, las cinco flamantes naves abandonaron las aguas peninsulares, dejando atrás las marismas del Guadalquivir y Sanlúcar de Barrameda. Tras la parada obligatoria en las Canarias para cargar los últimos víveres y completar la dotación de la tripulación, las naos iniciaron el cruce del Atlántico.



Comenzaron a descender por la costa atlántica sudamericana, pasado el estuario del Río de la Plata, a la altura de la bahía de San Julián. El frío y la bruma les obligó a detenerse por largo tiempo, casi cuatro meses. El temperamento autoritario de Magallanes, nada asequible, había motivado bastantes roces durante la travesía, sobre todo, con Juan de Cartagena. Se fraguó una conjura para eliminar al capitán figurando como principal cabecilla su enemigo Cartagena; muchos se sentían engañados, dudaban de la existencia del paso, ponían en tela de juicio los conocimientos cartográficos de su jefe; en definitiva, estaban cansados del viaje. Descubierta la conjura, Magallanes actuó con gran dureza, ordenando la muerte de algunos; otros fueron condenados a trabajos forzados, entre estos últimos figuraba Juan Sebastián Elcano, maestre de la Nao *Concepción*.

Pero Magallanes, a pesar de todas las circunstancias adversas que habían ocurrido en la bahía de San Julián, siguió empeñado en continuar el viaje hacia el Sur, convencido de la existencia del estrecho. Y, efectivamente, su tesón condujo al éxito: por fin, la búsqueda del paso no era una quimera, un sueño, sino toda una realidad. El estrecho se abría a sus ojos. Su trave-

sía presentó dificultades, pero vencidas, un nuevo océano contemplaban asombrados, era el océano Pacífico.

Ahora, la preocupación era llegar a las preciadas islas de la Especiería, pero la hambruna, la falta de agua potable, la enfermedad que comenzaba a hacer estragos, obligaron a Magallanes a cambiar el rumbo. Había que buscar primero alguna isla en donde encontrar los ansiados víveres.

Localizaron pequeñas islas, deshabitadas, e insistiendo en la búsqueda de islas propicias descubrieron un archipiélago. Sus habitantes eran hostiles, belicosos y lo bautizaron con el nombre de islas de los Ladrones, nombre que se mantuvo hasta el siglo XVII, en que fueron denominadas Islas Marianas.

Entre Las Ladrones y las Molucas localizaron otro archipiélago que bautizaron con el nombre de San Lázaro, las actuales Filipinas. Reconocieron solamente algunos lugares costeros de la isla de Mindanao y de otras islas meridionales.

Los informes indígenas que escucharon sobre la importancia comercial de la isla de Cebú, hicieron que Magallanes decidiese trasladarse hasta aquella. Fue en Cebú donde pensó levantar la primera ciudad española; para esto, selló con un pacto de sangre la amistad con el rey indígena, reconociendo éste su acatamiento al emperador. Solamente una pequeña isla próxima a Cebú, Macta, se enfrentó al grupo español. Lo que Magallanes había interpretado que sería un simple escarmiento se convirtió en una tragedia. En una emboscada cayó mortalmente herido, juntamente con algunos de los que le acompañaban. En abril de 1521 desaparecía para siempre, en aquellas lejanas tierras, el descubridor del estrecho.

La desaparición de Magallanes planteó serios problemas a la hora de elegir sucesor en el mando. Tras varios intentos fallidos, se acertó con el nombramiento de un marino competente y experto, apellidado Elcano.

La epopeya de un vasco llamado Juan Sebastián Elcano

Con rumbo seguro, abandonó la isla de Cebú, logrando, por fin, llegar al codiciado Maluco. Dos islas, Ternate y Tidore, eran los



Fernando de Magallanes, según dibujo de José María Gallego (izquierda). *Estatua de Juan Sebastián Elcano (por Ricardo Bellver, plumilla iluminada de* La Ilustración Española y Americana)

centros productores más importantes de las especias. Ternate estaba controlada por los portugueses. Tidore, en cambio, había resistido tenazmente al dominio de la isla vecina, circunstancia que favoreció el apoyo de Almanzor —el sultán de Tidore— al menguado grupo de españoles. Durante su permanencia llegaron noticias desde Ternate de que el rey de Portugal había dado órdenes, nada más zarpar Magallanes, de que saliesen dos escuadras, una por la vía africana, y otra, por el Atlántico americano, para aniquilar la flota española.

Ante esas noticias, Elcano decidió abandonar rápidamente las Molucas. Todo estaba dispuesto, cuando en el momento de hacerse a la vela las dos naves, la *Trinidad* y la *Victoria,* la primera hacía agua, lo que la imposibilitaba enfrentarse a la dura travesía.

Almanzor se prestó voluntario a que sus hombres, auténticos buzos, se encargasen de calafatear la embarcación, y que una vez que estuviese en condiciones, iniciase la travesía en solitario. Se repartió la tripulación y Gonzalo Gómez de Espinosa, capitán de la *Trinidad,* quedó como máximo responsable. Elcano, al frente de la *Victoria,* inició la última singladura hacia España.

Siguiendo una ruta segura, escapando de los portugueses, logró, por fin, en septiembre de 1522, divisar las costas de Andalucía. Solamente faltaban unos días para que se cumpliesen los tres años en que, contentos, en busca de lo desconocido, abandonaron las aguas del Guadalquivir.

Pero volvamos a Gómez de Espinosa. Una vez reparada la *Trinidad,* decidió dirigirse a Castilla del Oro, a la costa sur de Panamá, interpretando que era la ruta más segura para escapar del peligro lusitano. Los días y las semanas pasaban, los víveres escaseaban, la enfermedad causaba estragos entre la reducida tripulación, no soplaban los vientos favorables —los alisios—; resultaba imposible finalizar con buen éxito el viaje y, ante la grave situación planteada, decidieron regresar nuevamente a Tidore, donde contaban con el apoyo y la amistad de Almanzor. Cuando llegaron, la temida escuadra lusitana había arribado a las Molucas. Su destino quedó unido a los hombres de la segunda expedición enviada al Pacífico, la dirigida por García Jofre de Loaisa.

La bodega de la nao *Victoria* venía repleta de clavo. Tanta carga traía que, cuando se vendió la valiosa especia, se pudo reponer buena parte del coste de la flamante expedición magallánica.

El regreso de Elcano supuso la apertura de una nueva vía ultramarina para la Corona Española. La Especiería se incorporaba a la economía hispánica y a la expansión del comercio exterior. Pero, ¿a quién interesaban las especias? Por supuesto a las poblaciones berberiscas del norte de Africa, no. Los países que podrían adquirir los exóticos frutos eran los del norte de Europa: franceses, ingleses, flamencos, alemanes. Había que buscar una localidad estratégica en el noroeste de la península para que atrajese la atención de los comerciantes europeos y evitar que continuasen negociando en Lisboa.

Estas razones fueron las que se tuvieron en cuenta para establecer una Casa de la Contratación, dedicada exclusivamente al control de las especias, en la ciudad gallega de la Coruña, y fue aquí, donde se organizó, en 1525, el segundo viaje.

García Jofre de Loaisa como capitán general de una vistosa flota —en la que figuraba como segundo Juan Sebastián Elcano— se lanzó desde las abruptas costas de Finisterre hacia el Atlántico Sudamericano. La travesía del estrecho ya no fue un obstáculo tan duro de vencer: iban varios supervivientes de la expedición de 1519 que conocían todos los secretos geográficos del intrincado paso.

Pero, nuevamente, el Pacífico marcaba una nueva ruta de penalidades. El hambre y la enfermedad volvieron a hacer su aparición, y la situación era cada vez más angustiosa. El estado de la tripulación entristecía constantemente al capitán, y un momento de abatimiento, un ataque de melancolía, una depresión, puso fin a la vida de Jofre de Loaisa; era el 30 de julio de 1526, a la altura de la línea equinocial, muy cerca de la isla Gilbert, y allí, en aquellas oscuras aguas, fue arrojado su cadáver.

Abiertas las Instrucciones Reales, el encargado de reemplazarlo en el mando era Juan Sebastián Elcano, pero desgraciadamente su jefatura iba a ser muy breve. A los pocos días, el 4 de agosto, moría. Su cuerpo fue lanzado sobre las olas del océano, que rompían con estruendo sobre las cuadernas de las embarcaciones.

Nuevamente había que reunirse para elegir un nuevo jefe, y el seleccionado fue Toribio Alonso de Salazar, quien venciendo una pe-

Magallanes lucha con los indígenas filipinos. Poco después moriría a causa de las heridas recibidas (plumilla de La Ilustración Española y Americana)



nosa travesía, con una reducida tripulación, logró llegar a las islas de los Ladrones, donde murió.

Por cuarta vez se volvía a presentar la difícil tarea de elegir un nuevo capitán. A juicio de todos, el que reunía más méritos era Martín Iñiguez de Carquizano. Con rumbo seguro logró arribar a las Molucas. Ternate seguía bajo el control lusitano. Las otras dos islas próximas, Tidore y Gilolo (la actual Hamalhera) mantenían una rivalidad con aquella, intentando defender a toda costa su independencia. La llegada de los castellanos tranquilizó a los nativos. El jefe del pueblo de Zamafo, Bubacar, ofreció toda su ayuda a Carquizano.

Habían pasado unos días, y un atardecer, vieron aparecer una embarcación portuguesa; a bordo venía un emisario de Don García Enríquez, capitán de la fortaleza de Ternate. Era portador de una carta, sin firma, dirigida al capitán español. En ella le manifestaba que abandonasen aquellas islas y se trasladasen a Ternate, de lo contrario, emplearía la fuerza.

El capitán español se negó a aceptar aquella misiva, y le manifestó al enviado, para que se lo transmitiese a su jefe, primero, que él no respondía a cartas sin firma y, segundo, que estaban allí para defender los intereses del emperador Carlos.

Pasó el tiempo, y en la fortaleza de Ternate hubo relevo. Ahora el nuevo jefe era Jorge de Meneses, quien se apresuró a enviar otro interlocutor para que manifestase a los españoles que él pretendía la paz y la concordia entre todos. Sus palabras fueron acogidas con gran entusiasmo. Para celebrarlo organizaron un banquete. Valdaya, el emisario luso, tras reiterar la misiva de paz, brindó con el jefe español, no sin antes, y aprovechando un descuido, haber vertido un veneno que traía sutilmente oculto en una uña, muriendo al poco tiempo Carquizano, tras haber bebido el vino emponzoñado.

Nuevamente sin jefe, los castellanos eligieron a Fernando de la Torre. Con mucho esfuerzo mantuvo la soberanía hispánica en Gilolo y Tidore.

Un día vieron los castellanos, en la lejanía, una nao que, a juzgar por el velamen, era de gran tonelaje. Los miedos y los temores aumentaron, aunque también una ligera esperanza brillaba en sus ojos ¿serían portugueses o españoles los hombres que venían a cubierta? La incertidumbre se aclaró al oirlos hablar: eran hispanos procedentes de Nueva España.

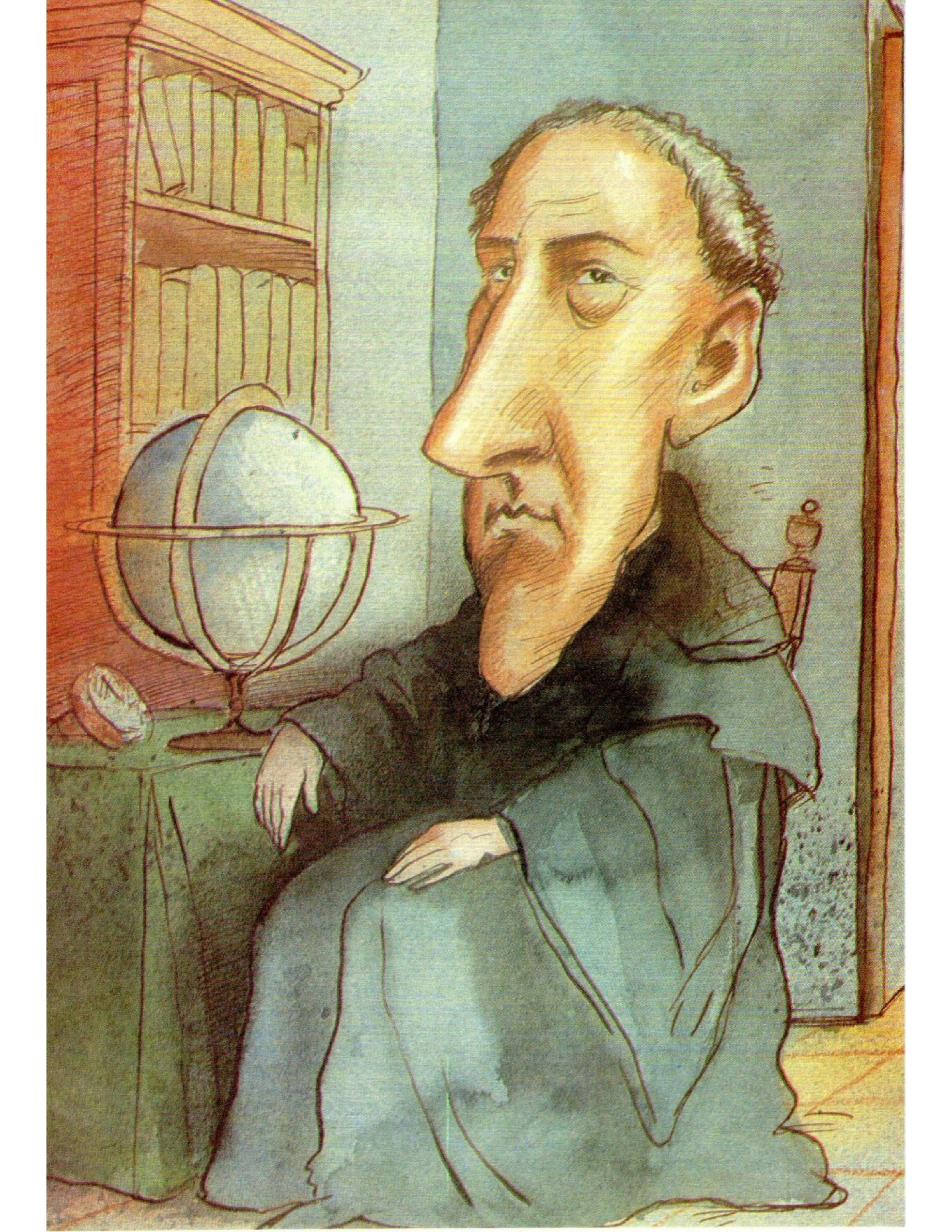
En 1527 había enviado el Emperador una carta a Hernán Cortés indicándole que los barcos que estaba preparando para descubrir por las costas mexicanas del Pacífico, no fuesen empleados en aquella misión, sino que se dirigiesen hacia las islas de la Especiería para interesarse de varios asuntos; primero, ¿qué había ocurrido con Gonzalo Gómez de Espinosa y sus hombres desde que se quedaron solos en Tidore tras la partida de Elcano? segundo, ¿qué había sucedido con la expedición de García Jofre de Loaisa?

Hernán Cortés, cumpliendo órdenes, nombró capitán general a Saavedra Cerón. De las tres naos, solamente la capitana, *la Florida,* logró llegar al Maluco. Saavedra se informó con todo tipo de detalles de la situación de los castellanos. Finalizado su compromiso, abandonó las islas y se dispuso a atravesar el Pacífico rumbo a México. Pero la travesía presentó grandes dificultades, y a la altura de las islas Hawai murió Saavedra. Con su desaparición, sus hombres decidieron desistir de su itinerario y regresar nuevamente a las Molucas. El piloto de la nao, Macías del Poyo, juntamente con Andrés de Urdaneta, fueron los testigos y los narradores de todos los sucesos ocurridos en la Especiería hasta 1536, año en que regresaron a Lisboa en un navío portugués, y desde allí, se dirigieron a Valladolid.

El tratado de Zaragoza

En 1529 —en plena guerra hispano-lusitana en el Pacífico— en la ciudad de Zaragoza se firmaba un documento entre ambas naciones por el que el Emperador *empeñaba,* no vendía, los derechos de la Corona castellana a las islas de la Especiería. La precaria situación económica del erario había obligado a tomar aquella drástica medida. Tan pronto se devolviese el dinero prestado, 350.000 ducados de oro, de 375 maravedises cada uno, España recuperaba sus derechos. Se acordaron varias claúsulas. Que el Maluco se consideraba situado al occidente de una nueva línea de demarcación, que pasaba por las Velas y Santo Tomé (las Marianas), a 17 grados en el Ecuador, a 297 leguas y media del oriente de las Molucas. Que quedaba abierta la posibilidad de que el rey de Portugal renovase la cuestión de propiedad sobre el Maluco. En este caso una junta mixta de tres astrólogos

Andrés de Urdaneta, un agustino que ayudó a descubrir la vía mexicana hacia el Pacífico (dibujo de José María Gallego)



y tres marinos, por cada parte, estudiaría el asunto. Que todo cargamento de especias no traído por súbditos y naturales de Portugal, quedaría embargado en depósito hasta averiguar su procedencia. Que el rey de España quedaba obligado a no despachar naves para la Especiería e impedir las acciones de los súbditos que lo pretendiesen. Que el rey de Portugal se obligaba a no construir fortaleza nueva alguna en el Maluco, ni en lugar alguno situado en la nueva demarcación acordada.

La firma del tratado tardó tiempo en conocerse en el Maluco. El año 1531, Fernando de la Torre comisionó a Andrés de Urdaneta para que se trasladase a Ternate y se informase si había llegado alguna comunicación oficial, ya que ellos no habían recibido ninguna notificación.

En 1533, y a la vista de que nada se sabía, se volvió a enviar otro correo. El enviado español regresó acompañado de Tristán de Atayde, que había sido nombrado Capitán General del Maluco. Este traía documentos oficiales, debidamente cumplimentados, en los que constaban la totalidad de las cláusulas acordadas en Zaragoza.

En 1534 no quedaban nada más que diecisiete castellanos. Todo había terminado para España en las Molucas. Se había llegado al final de la guerra, una guerra inútil. Hernando de la Torre con catorce más, embarcó en Ternate. Mientras tanto, Andrés de Urdaneta y Macías del Poyo permanecieron en Tidore para cobrar unas deudas que tenían pendientes con los indígenas. Al poco tiempo, los diecisiete se reunieron en Ternate, regresando finalmente a Lisboa en 1536.

Solamente quedan las islas de San Lázaro

En los meses de 1538, se encontraba en la Corte don Pedro de Alvarado que venía a recoger su recién concedido título de gobernador de Guatemala. Alvarado aprovechó para firmar una Capitulación —en la que figuraba también el virrey don Antonio de Mendoza— para realizar descubrimientos marítimos. Unas naos recorrerían la costa pacífica norteamericana y otras, se podrían dirigir a las islas de San Lázaro. Se encomendó esta expedición a Ruy López de Villalobos. En noviembre de 1542, zarpó la flota con seis embarcaciones; allí iba como contador Guido de Lavezares, más adelante gobernador de Filipinas; Ginés de Mafrea, superviviente del viaje de Magallanes; los pilotos Gaspar Rico y Juan Gaitán y varios agustinos dirigidos por el padre Jerónimo de Santiesteban.

En febrero de 1543, después de haber visto las islas de las Carolinas y Palaos, llegaron a Mindanao a la que bautizaron *Cesárea Caroli,* en honor del Emperador, pero Villalobos fracasó en su intento de fundar una colonia. A la isla de Leyte, la denominaron *Filipinas,* en honor del príncipe don Felipe, luego Felipe II, nombre que se extendió posteriormente a todo el archipiélago, sustituyendo al de San Lázaro que le puso Magallanes. Recorrieron otras islas pero el hambre, la lucha con los indígenas y las enfermedades obligaron a Villalobos a abandonar las Filipinas, pasando a las Molucas en abril de 1544, donde ayudó a los indígenas contra los portugueses y comenzó la construcción de un fuerte con el apoyo de los reyezuelos de Tidore y Gilolo. Pero en octubre de 1545 la superioridad portuguesa, con la llegada de una escuadra lusa, le obligaron a desistir de su empeño.

Los conocimientos cartográficos de un agustino

Los fracasos políticos de López de Villalobos motivaron, incluso, una carta del emperador Carlos censurando con dureza el haberse internado en las tierras lusitanas, al mismo tiempo que se amonestaba al virrey don Antonio de Mendoza por interpretar la Corona que aquél sabía los proyectos de llegar a las Molucas. Abandonaron Ternate en febrero de 1546. En la isla de Amboina murió Villalobos asistido en los últimos momentos por San Francisco Javier, que se encontraba allí. Dos años después llegaban a Europa los supervivientes de la expedición, entre ellos, Lavezares, el padre Santisteban, Ginés de Mafra, Ortiz de Retes y García de Escalante.

Habían pasado los años, había corrido el tiempo y en la Corona se habían producido cambios, el más importante, la muerte del Emperador en 1558, y la subida al trono de su hijo, Felipe II. El virreinato de Nueva España tenía un nuevo responsable, don Luis de Velasco. El fracaso de la expedición de Villalobos había enfriado el interés por las lejanas islas del Pacífico, pero el nuevo monarca estaba dispuesto a reanudar la conquista del archipiélago filipino.

Al virrey Velasco le escribió una carta el monarca para que se interesase por el proyecto del Pacífico, al mismo tiempo que se dirigía al padre Andrés de Urdaneta, agustino, que lle-



Legazpi toma posesión del archipiélago filipino en nombre del rey de España

vaba años viviendo en la ciudad de México. Pero, ¿quién era este fraile al que el mismo Felipe II escribía? ¿era tanto su prestigio?

A comienzos del siglo XVI el solar de los Urdaneta gozaba de abolengo en las tierras vascas. El joven Andrés había nacido en 1508, en Villafranca; y en 1522, cuando Elcano regresó de la Vuelta al Mundo, lo conoció personalmente, y con él se trasladará a La Coruña para embarcar en 1525 en la expedición de García Jofre de Loaisa. Tenía diecisiete años cuando se lanzó al Atlántico, primero; después, al Pacífico, ese Pacífico del que fue el mejor conocedor del siglo XVI, desde las Ladrones a las Molucas. Fue testigo de la muerte de su paisano y del resto de los jefes que desaparecieron durante la dura travesía. Participó activamente en aquella guerra inútil hispano-lusitana por el control de la Especiería, fue herido varias veces, recibió en su rostro la explosión de un barril de pólvora que le dejó para siempre la huella de una horrorosa quemadura que le afeaba su cara. Intervino como hombre de confianza en las gestiones diplomáticas ante los responsables lusitanos. A su regreso a Lisboa, le fue requisado un gran baúl en el que traía mapas y una valiosa información de las Molucas. Cuando llegó a la Corte y ante los altos miembros del Consejo de Indias, a pesar de que le habían sido quitadas fichas y papeles, elevó un amplio informe de todo lo acaecido desde el año 1525 a 1536.

Por aquellas fechas conoció a don Pedro de Alvarado, y en su séquito se trasladó a la Nueva España, participando activamente en la guerra mantenida en territorio chichimeca.

Cuando Alvarado murió, siguió colaborando en la misma empresa a las órdenes del virrey Mendoza.

Su contacto con los misioneros agustinos, de las tierras michoacanas influyó, quizá, para que decidiese abandonar para siempre la carrera de las armas e ingresar como novicio en el convento que los agustinos tenían en la capital. Sus vastos conocimientos, su preparación, hicieron que rápidamente sus superiores le autorizasen a recibir los votos, encargándose de la formación de novicios, y empleando todo su tiempo libre en ordenar el material que había ido acumulando, y, sobre todo, a profundizar aún más en los estudios de náutica y cartografía.

Cuando el padre Urdaneta recibió el encargo del Monarca de organizar una expedición de conquista y evangelización a las Filipinas, rechazó la propuesta, no se sentía con fuerzas, participaría pero no como capitán general, él mismo recomendó a Miguel López de Legazpi, que reunía, a su juicio, las condiciones idóneas, y juntos los dos, culminarán, como veremos, el éxito de la conquista de Hispanoasia, y la apertura de la ruta segura para comunicarse Asia y América.

Miguel López de Legazpi había nacido alrededor de 1510 en Zumárraga, Guipúzcoa. Pertenecía a una familia hidalga; su padre había combatido en Italia y Navarra. Pasó a México en 1528 y se dedicó a funciones burocráticas, desempeñando diversos cargos, el de escribano mayor del cabildo municipal, e incluso, en alguna ocasión, el de alcalde ordinario. En México casó con doña Isabel Garcés, hermana de fray Julián Garcés, primer obispo de Tlaxcala, de la que tuvo nueve hijos.

El puerto de Navidad

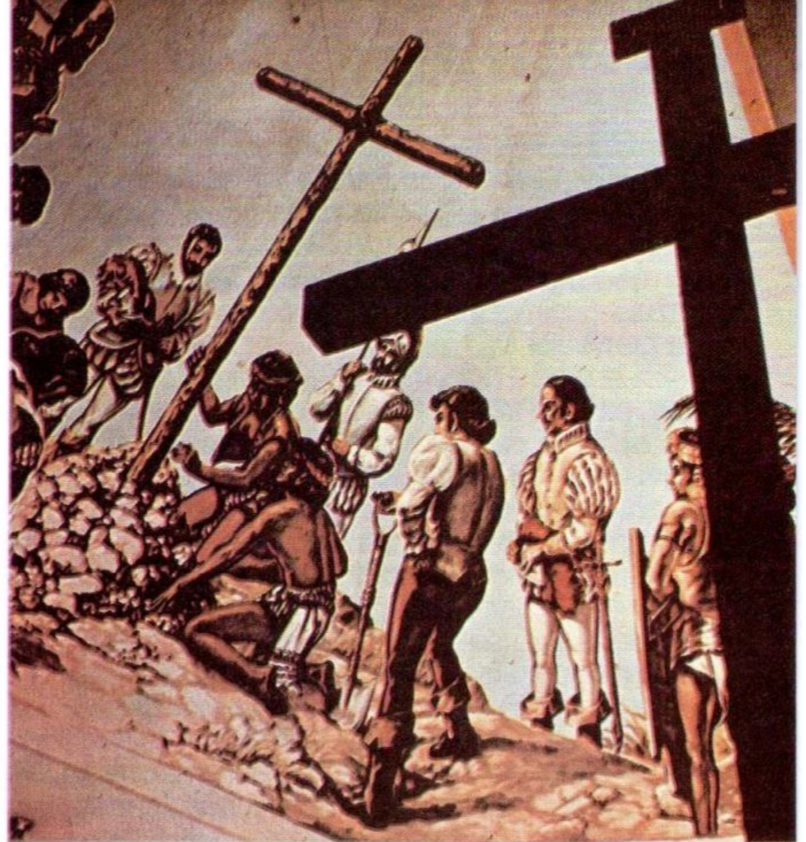
Al rey le urgía que la realización del viaje fuese lo más pronto posible. Era el año 1559, y rápidamente el puerto de Navidad, en el Pacífico mexicano, se convirtió en un auténtico astillero, pero no había sido acertada la elección del lugar. Urdaneta protestó en varias ocasiones; él se inclinaba por Acapulco, pero sus consejos fueron desoidos. Se presentaron dificultades en el acarreo de la madera, el clima no era propicio y los víveres no llegaban con celeridad. Todos estos contratiempos hicieron que la fecha de partida se demorase a pesar de los deseos de la Corona. Por fin, estuvieron terminados los barcos, pero ahora quedaba el acopio de víveres y bastimentos. Hubo que esperar para recoger la cosecha de trigo; después preparar los bizcochos. Había que esperar, también, que otros alimentos llegasen desde puntos lejanos, ya que se necesitaba gran cantidad para una travesía que se calculaba que iba a durar dos años.

El 25 de febrero de 1564, Velasco se dirigió al monarca comunicándole que *estará todo presto y los navíos a punto para navegar en todo el mes de mayo, y la gente a la lengua del agua para embarcarse; van cuatro navios, dos galeones y dos patajes del porte que ha parescido que sea como conviene para la navegación que han de hacer.* Lo material estaba preparado, pero faltaba lo espiritual, puesto que la idea —como hemos dicho— era de descubrimiento, asentamiento y evangelización. En el convento de Cuhuacan se celebró una reunión de agustinos —presidida por el padre fray Pedro de Herrera, vicario general y visitador de aquella provincia— para preguntar a los frailes quiénes estaban dispuestos a participar en el viaje. Hubo bastantes voluntarios, y seleccionados fueron: fray Martín de Rada, natural de Navarra; fray Pedro Gamboa, de un pueblo de las proximidades de Calahorra; fray Andrés de Aguilar, natural de Vizcaya; fray Diego de Herrera y fray Lorenzo de San Esteban, que murió en el puerto de Navidad.

Estaban ansiosos por zarpar cuando una triste noticia demoró sus ilusiones: la muerte de don Luis de Velasco. Interinamente se hizo cargo la Audiencia de la responsabilidad del virreinato, recayendo casi todo el peso en la persona del licenciado Valderrama, del Consejo Real de las Indias, y que en aquel momento era visitador general de la Real Audiencia.

Por fin, el 7 de septiembre de 1564 —habían pasado cinco años desde que se acordó el envío de la expedición— los barcos soltaron amarras. Era una escuadra bien dotada; doscientos soldados veteranos, sin contar la oficialidad que pasaba de cien, amén de 150 hombres curtidos y especializados en las tareas del mar, más los frailes, que hacían un total de más de 400 individuos, buena dotación para la empresa que pensaba realizar López de Legazpi.

En la nao capitana, llamada San Pedro, de quinientas toneladas, embarcaron el capitán general, fray Martín de Rada y fray Andrés de Aguirre; como piloto mayor, Esteban Rodríguez, natural de Huelva; Martín de Ibarra, natural de Bilbao; el factor Andrés de Mirándola; el alguacil mayor Gabriel de Rivera; el escri-



Magallanes planta la cruz en el archipiélago filipino (pintura moderna en una iglesia de Cebú, Filipinas)

La ciudad de Manila a mediados del siglo XVII (grabado de la Biblioteca Nacional, París)

bano mayor de la armada, Hernando Riquel, natural de Sevilla; el capitán de infantería, Martín de Goyti, de Bilbao; el padre Urdaneta, y Felipe de Salcedo, nieto de Legazpi —hijo mayor de Pedro Salcedo y de doña Teresa Legazpi—, un mozalbete de dieciséis años, pero de gran valentía.

En el *San Pedro,* de cuatrocientas toneladas, embarcaron el maestre de campo, Mateo del Saz; los padres fray Diego de Herrera y fray Pedro Gamboa; el piloto Juan Martínez Fortin; el tesorero Guido de Lavezares, y el contador, Andrés de Cauchela.

En el galeoncete llamado San Juan, de cien toneladas, iba el capitán Juan de la Isla; como piloto Rodrigo de Espinosa, y como maestre, Julián Felipe, sevillano, natural de Triana.

En el patache San Lucas, de cuarenta toneladas, el capitán Alonso de Arellano; un mulato de Ayamonte, llamado Lope Martín, como piloto, y por maestre, un griego al que llamaban Nicolao.

En la expedición iban dos intérpretes, pero sobre todo destacaba por su inteligencia uno que se llamaba Enrique, convertido y bautizado por los agustinos que fueron en la expedición de Villalobos y que, posteriormente, había quedado al servicio de un soldado llamado Pedro Pacheco.

La isla de los Barbudos

El 24 de noviembre de 1564, tres horas antes de amanecer, se hicieron a la vela. Al día siguiente se abrió el pliego secreto con las instrucciones dadas por la Audiencia. Una vez leídas, el capitán general manifestó que su intención era cumplirlas en todos sus extremos, y así se hizo. Al amanecer del 9 de enero de 1565, Felipe Salcedo y Urdaneta bajaron a tierra en una isla, y aunque recorrieron bastante trecho no vieron nada más que a un indígena viejo, acompañado de su mujer, aproximadamente de la misma edad que él, y una muchacha, quizá hija, que tenía una criatura en sus brazos. Después aparecieron más indios, tenían una larga barba, y portaban armas. Su aspecto era pacífico, usaban unas canoas muy decoradas, hechas de madera muy pulida, que brillaban como si fuesen de vidrio. Bautizaron a esa isla con el nombre de *los Barbudos.*

A los pocos días divisaron otra isla. Desde lejos les llamó la atención el tipo de vela que llevaban las embarcaciones. Los pilotos dijeron que eran las islas Filipinas, pero Urdaneta que ya las había visto en su anterior viaje, aclaró la duda manifestando que eran Las Ladrones (Marianas). Permanecieron varios días allí y, durante ese tiempo, los indígenas se dedicaron a vender sus mercancías, pero siempre con argucias y engaños. En los cestos de arroz, que intercambiaban por rescates, solamente había una capa de grano, el resto era arena. Un día, del patache San Juan desclavaron un pedazo de hierro del timón; en otra ocasión intentaron robar el batel de una de las naos, y a las voces de los castellanos lo devolvieron.

Tupas, rey de Cebú

Todo estaba en orden de marcha, y antes de zarpar unos marinos fueron a coger agua al río. Un grumete, o bien porque estaba cansado, o quería despedirse apaciblemente de aquella isla, el hecho fue que se apartó del grupo y se quedó dormido a la sombra de unos palmerales. Cuando regresaron a bordo e hicieron el recuento, notaron su falta. En su busca enviaron a varios hombres, y su sorpresa fue encontrar su cadáver destrozado; tenía el pecho traspasado con más de treinta lanzazos, le habían deshollado el rostro, y por la boca le habían introducido un palo aguzado, que salía por la nuca. Con ese triste suceso abandonaron la isla de Guam el 3 de febrero de 1565.

El 27 de abril, y después de recorrer varias islas del archipiélago filipino, Legazpi llegó a la isla de Cebú, de tristes recuerdos desde el viaje de Magallanes. Tan pronto arribaron, un intérprete malayo —acompañado de tres soldados para su defensa— se desplazó hasta la playa para que dijese a los indios que el capitán quería entrevistarse con su rey para sentar las paces con él. Al poco rato vino a la nao capitana un indio principal. Subió a bordo y dijo que iba en nombre de Tupas —éste era el nombre del rey— y que anunciaba la visita de su señor para aquel mismo día. Le pidió a Legazpi que, entre tanto, ordenase no disparar la artillería para que no se asustase la población.

Pasaron los días, y el rey indígena no aparecía, al tiempo que infinidad de embarcaciones intentaban atacar a las naves españolas. Ante esta situación, Legazpi decidió que desembarcasen varios soldados armados y que la artillería de los navíos hiciese fuego. Todo se desenvolvió con tanta rapidez que, sin esfuerzo, y apenas sin lucha, se había logrado controlar la situación.

En aquel lugar despoblado se estableció el primer campamento. Durante la noche se montaron guardias y en una de las rondas en una cabaña semidestruida encontraron una talla del Niño Jesús. *El Divino Niño era del tamaño de una tercia y estaba vestido con una camisa de volante. Su ropa de damasco colorado y una gorra flamenca de velludo al uso antiguo; al cuello tenía pendiente un pectoral o cruz pequeña puesta en una curiosa cadeneta o collar de oro, y en la mano una pequeña esfera: su hermosura tan singular, que era atractivo de cuantos lo miraban.* La imagen encontrada se había conservado desde el 1521, año en que se la regaló Magallanes a la reina de Cebú en el momento de su bautismo.

En mayo de 1565, se trazaron las líneas para formar la muralla de la nueva ciudad. La denominaron San Miguel. A la nueva ciudad comenzaron a llegar visitantes indios; el campamento hispano les resultaba curioso.

Un emisario de Tupas llegó cargado de oro. A través del intérprete se le comunicó que no deseaban oro, sino la presencia de su rey en el campamento para que reconociese y acatase la soberanía de la Corona Española. Altos dignatarios del cacique, como sus hermanos Catipán y Maquión, acompañados de un hijo de aquél, disculparon la tardanza en comparecer de Tupas por ser viejo y achacoso.

Hábilmente ordenó Legazpi a los sastres que confeccionasen con gran rapidez trajes europeos para todos los mensajeros, pensando que así se atraería la amistad de los indígenas. Cuando por fin Tupas visitó el campamento español, quedó sorprendido al ver a sus súbditos enfundados en las nuevas ropas, y cómo éstos se sentían orgullosos de vestir como los extranjeros.

En medio de un gran ceremonial, Tupas acató la soberanía del rey Felipe II, al tiempo que Legazpi ordenaba a su hueste respetar a los naturales y no saquear sus viviendas.

Cebú fue la llave que abrió a los españoles las islas del Pacífico.Había que informar a México y solicitar el envío de más hombres y víveres.

La nave destinada para realizar la travesía fue la capitana, la *San Pedro.* Dispuso Legazpi que por capitán se nombrase a su nieto Felipe Salcedo, y como asesor para el descubrimiento de la ruta a seguir, al padre Urdaneta.

El 8 de octubre de 1565, al cabo de cuatro meses de navegación, Urdaneta había logrado encontrar la ruta de regreso hacia las costas de América. Al fin se podía atravesar el Pacífico sin riesgos, y la comunicación entre las posesiones españolas sería más rápida. Una nueva vía comercial se abría a la economía hispana. Manila y Acapulco fueron los puertos que unieron tan remotas tierras.

Manila, capital de Hispanoasia

A mediados de 1569, Legazpi comisionó al capitán Martín de Goyti para que con varios españoles y unos quinientos cebuanos avanzasen hacia la gran isla del norte, Luzón.

Antes de llegar a la bahía de Manila encontraron a su paso una gran península arenosa, Kawit (gancho en lengua tagala), y que los españoles castellanizaron con el nombre de Cavite. En una de las orillas del río Pasig, que dividía a la ciudad prehispánica de Manila, localizaron los españoles un pequeño fuerte, de forma cuadrada; a medida que se aproximaban distinguieron que no era uno sino dos baluartes, defendido cada uno por un pequeño foso, con varias piezas de artillería. Fueron recibidos con hostilidad y no tuvieron más remedio que defenderse y atacar.

Goyti, tras este primer contacto, nada pacífico, decidió regresar al sur para informar a Legazpi de todo cuanto había ocurrido.

En abril de 1571, Legazpi, con una pequeña flota en la que iban unos 200 españoles y bastantes indios, se encaminó a Manila. A bordo recibió a un emisario de los tres reyes musulmanes que controlaban la ciudad. Dos de ellos estaban decididos a firmar las paces, después del encuentro bélico que habían tenido con Goyti, pero no así el tercero, Solimán, que estaba dispuesto nuevamente a presentar batalla a los españoles.

Los indígenas, mandados por Solimán, habían incendiado sus viviendas, trasladándose al pueblecito de Tondo, donde se sentían más seguros. Fue enviado el maestre de campo para tranquilizarlos. En lo que ocurrían estos encuentros, Lacandola y Raja Viejo visitaron a Legazpi y aceptaron los regalos que éste les hizo. Nuevamente, el Adelantado envió un mensaje a Solimán para que aceptase su amistad y reconociese a la Corona española.

Hechas las paces, el 19 de mayo de 1571, Legazpi y su hueste ocuparon las tierras de lo que sería la futura Manila española, la capital de Hispanoasia. Se iniciaron las construcciones, primero un fuerte, después una casa grande en la que el primer gobernador pudiese vivir, un iglesia y viviendas para la hueste, al mismo tiempo que se nombraban alcaldes,

regidores, alguacil y escribano de la nueva ciudad.

El 20 de agosto de 1572, fallecía de repente Miguel López de Legazpi. Murió pobre, característica de la honestidad que usó a lo largo de toda su vida. A él se deben los inicios de la evangelización e hispanización de las lejanas islas unidas a España hasta 1898.

Nuevos descubrimientos

La ruta Manila-Acapulco, al norte de la línea ecuatorial, era ya una realidad; las islas Filipinas estaban incorporadas a la Corona, pero quedaba otra tarea pendiente, averiguar qué había hacia el sur. Ya no será México sino la costa peruana el lugar de partida de las nuevas expediciones.

A la muerte del virrey Conde de Nieva, en 1568, se hizo cargo del virreinato peruano don Lope García de Castro, que hasta entonces había sido presidente de la Audiencia de Lima. Con él, hacia 1567, debió pasar su sobrino Alvaro de Mendoza y Neira. Quizás por indicaciones de Sarmiento de Gamboa, y noticias que se habían ido recogiendo sobre la existencia de islas en el mar del Sur, el virrey decidió organizar una expedición de descubrimiento y se la encomendó a Mendaña.

En noviembre de 1567, con dos navíos y unos 150 hombres, salió del puerto del Callao; iban con ellos el cosmógrafo Sarmiento de Gamboa y el piloto Hernán Gallego. Siguiendo un rumbo impreciso, en febrero de 1568 descubrieron una isla, Samba o Santa Isabel, en el archipiélago de Salomón, nombre que se le dio, según parece, por interpretar que era el Ophir del monarca hebreo.

En Santa Isabel construyeron un bergantín para explorar el resto de las islas y hallaron otras varias, Guadalcanal, San Cristóbal; algunas de ellas, en la actualidad, conservan el nombre español.

Mendaña consultó a su gente y prevaleció la idea de no colonizar y trasladarse nuevamente al Perú, ante la falta de especias y oro. La expedición se dirigió hacia el norte, pasando por las islas Marshall, llegando a las costas mexicanas a comienzos de 1569 y, desde allí, al Perú.

Se interpretó que los resultados del viaje habían sido un auténtico fracaso, pero a pesar de todo, quizá, si hubiera continuado de virrey su tío, se hubiera intentado un nuevo viaje, pero ahora el nuevo responsable del virreinato era don Francisco de Toledo, no muy amigo de su antecesor y, por tanto, de Mendaña. Como consecuencia de los problemas personales la segunda expedición se demoró veintiséis años, a pesar de que Mendaña había obtenido una capitulación de la Corona en 1574 en la que se la nombraba adelantado y gobernador de las islas, pero Toledo no se dio por enterado.

Pasaron los años, y en 1595, siendo virrey el marqués de Cañete, se autorizó un segundo viaje a Mendaña. Del puerto del Callao zarparon los seis navíos con 378 personas, de ellas, 280 soldados y muchas mujeres, pues se pensaba fundar una colonia permanente. El piloto mayor era Pedro Fernández de Quirós. Entre las mujeres iba la esposa del adelantado, doña Isabel de Barreto. En la tripulación figuraban tres hermanos de Isabel, y un grupo de soldados, veteranos rebeldes del Perú y Potosí, que se caracterizaban por su temperamento díscolo y violento, en contraste con el espíritu misionero de Mendaña y Quirós.

En julio descubrieron un conjunto de islas a las que bautizaron con el nombre de *Marquesas de Mendoza,* llamadas así en honor del virrey Marqués de Cañete, y que todavía hoy conservan la primera parte de su nombre. No se detuvieron, puesto que su mira final estaba puesta en las Salomón. A medida que pasaban los días, el descontento y el malestar aumentaban, en parte, debido al temperamento blando y a la falta de carácter del adelantado. El 7 de septiembre descubrieron un nuevo archipiélago, las islas de Santa Cruz, al este de las Salomón, y que también conservan el nombre en nuestros días.

La indisciplina iba en aumento al no encontrar los soldados las riquezas que esperaban. Su espíritu era de conquistadores y no de colonos, y comenzaron a saquear y a maltratar a los indígenas. Ante los desmanes que estaban ocurriendo Mendaña empleó la dureza con los indisciplinados soldados, ordenó apuñalar por sorpresa al jefe de la insubordinación el maestre de campo Pedro Marino Manrique, y a otros cabecillas. En el transcurso de estos sucesos se desencadenó una epidemia, y de ella murió el adelantado en la bahía Graciosa el 18 de octubre de 1595.

Abierto el testamento de Mendaña, se conocieron sus cláusulas, por las cuales, su mujer Isabel era la heredera de todos los cargos y bienes. Las ambiciosas miras de colonizar en las Salomón quedaron abandonadas, y sólo se pensó en el regreso. Había fallecido, también a causa de la epidemia, Lorenzo

Dos de los puertos chinos abiertos al comercio hispano portugués. Arriba, *Macao, en el siglo* XIX; abajo, *Hong-Kong, en la segunda mitad del* XIX *(por Fritz Melbye)*

Barreto, que había sido nombrado capitán general. La viuda de Mendaña, tomó el mando como *adelantada del mar océano.* El responsable del viaje fue el piloto Fernández de Quiros, ya que la *adelantada* no se preocupó para nada ni de naútica ni de política. Solamente le interesaba su aseo personal, y según consta en algunos documentos, su egoismo se hizo manifiesto cuando derrochaba el agua para lavar sus vestidos mientras que la tripulación moría de sed, hambre y enfermedades.

Después de una trágica navegación hacia el noroeste, pasando por las islas Ladrones, el resto de la expedición llegó a Manila el 11 de febrero de 1596, siendo acogidos con gran hospitalidad por el gobernador don Antonio de Morga.

En Manila, Isabel de Barreto contrajo matrimonio con un militar, Fernando de Castro, regresando posteriormente al Perú, donde todavía vivía en 1608, pasando finalmente a la Península. Su segundo marido reclamó, sin éxito, los privilegios concedidos a Mendaña.

Fortificación en el estrecho de Magallanes

Un personaje maravilloso, intrépido, aventurero, de mente calenturienta, aparece vinculado a la tarea española en el Pacífico. Nos referimos a Pedro Sarmiento de Gamboa, quien hacia 1555 residía en México. En Nueva España sufrió un proceso inquisitorial por irreverencias, siendo azotado públicamente en Puebla.

En 1557 lo encontramos en el Perú. Por sus aficiones astrológicas y adivinatorias sufrió otro nuevo proceso por la Inquisición, en 1564, siendo condenado a destierro de las Indias, pero el apoyo del virrey, por necesitar de sus servicios científicos, hizo sobreseer la sentencia.

Por sugerencias suyas, el virrey ordenó enviar la primera expedición de Mendaña, en la que participó como experto cosmógrafo. A su regreso, acusó a Mendaña por su poco éxito en el viaje y, sobre todo, por no haber querido seguir la dirección suroeste, que insistentemente le había aconsejado y que, quizás, hubiera dado por resultado llegar a Australia o Nueva Zelanda.

Gran colaborador del virrey Toledo, en 1579 y tras los ataques piráticos de Drake, se dirigió al estrecho de Magallanes para cerrarle el paso, a raíz del ataque al Callao, auque suponía que el inglés no regresaría por él.

A la fortificación del estrecho iba Sarmiento como capitán general de la armada, tomando posesión del mismo en noviembre del 79, al que bautizó con el nombre de la Madre de Dios, por su profunda devoción. Sus conocimientos, su energía y sus empeños se vieron obstaculizados por la resistencia de sus gentes a quedarse en aquella tierra donde no encontraban los víveres necesarios. En 1580 salió al Atlántico.

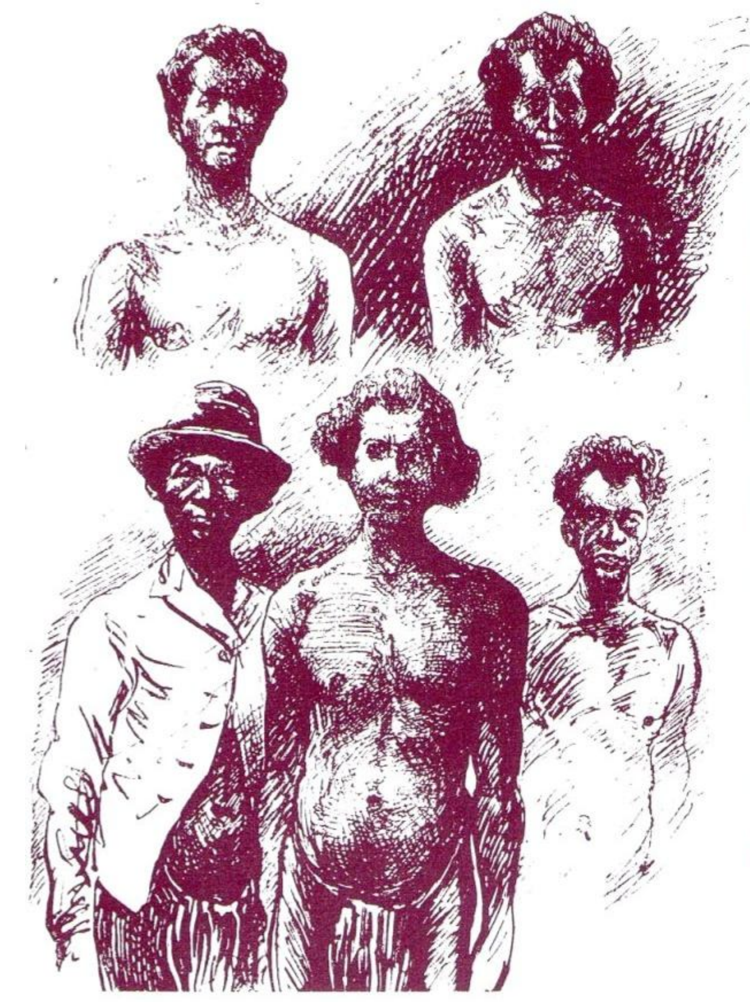
Durante su estancia en la Península se entrevisto personalmente con el rey Felipe II, a quien lo convenció de la necesidad de colonizar y fortificar el estrecho, idea que siempre le obsesionó y a la que consagró todos sus esfuerzos.

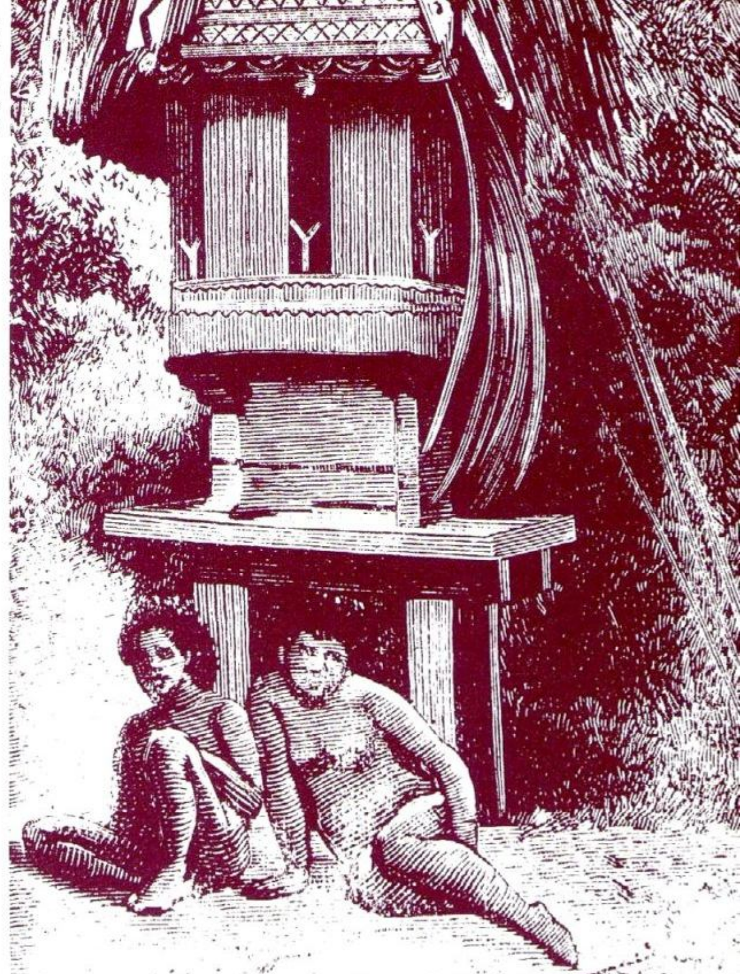
Nombrado gobernador y capitán general del Estrecho, en Sevilla se organizó una esplendorosa flota de 23 navíos en los que se pensaba que embarcarían unas 3.000 personas, entre soldados y colonos con sus familias, incluidos 600 que iban a Chile con el gobernador Alonso de Sotomayor. Los planos de los fuertes fueron hechos por el ingeniero Antonelli. El mando de la escuadra se entregó desacertadamente al almirante Diego Flores de Valdés, enemigo de Sarmiento, y lo único que hizo, fue obstaculizar todas las buenas iniciativas del capitán general.

A pesar de todo, Sarmiento pudo zarpar, pero en cuanto se adentraron en el océano sufrieron una gran tormenta, desapareciendo cerca de 800 personas; a pesar de este grave contratiempo, continuaron adelante. El 19 de febrero de 1583 llegaron a la boca del estrecho, pero el almirante Flores no se atrevió a adentrarse, regresó nuevamente a Río y, posteriormente, a la Península.

Sarmiento decidió volver a intentar su plan de colonización del estrecho. Con cinco buques y más de quinientas personas iniciaba la travesía a primeros de septiembre de 1584. En el cabo de las Vírgenes fundó la ciudad de Nombre de Jesús, donde dejó trescientas personas, pero desertó el piloto de su confianza, Antón Pablos, llevándose en su escapada tres navíos. Sarmiento, solamente con cien hombres, siguió la costa por tierra, y en marzo fundó la segunda ciudad, *Rey don Felipe,* cerca de la actual Punta Arenas. La inclemencia del tiempo les obligó a regresar nuevamente a Nombre de Jesús. El fuerte viento arrastró al único buque que les quedaba fuera del estrecho, y aunque volvieron a intentar entrar nuevamente, no lo consiguieron, dirigiéndose finalmente a Brasil.

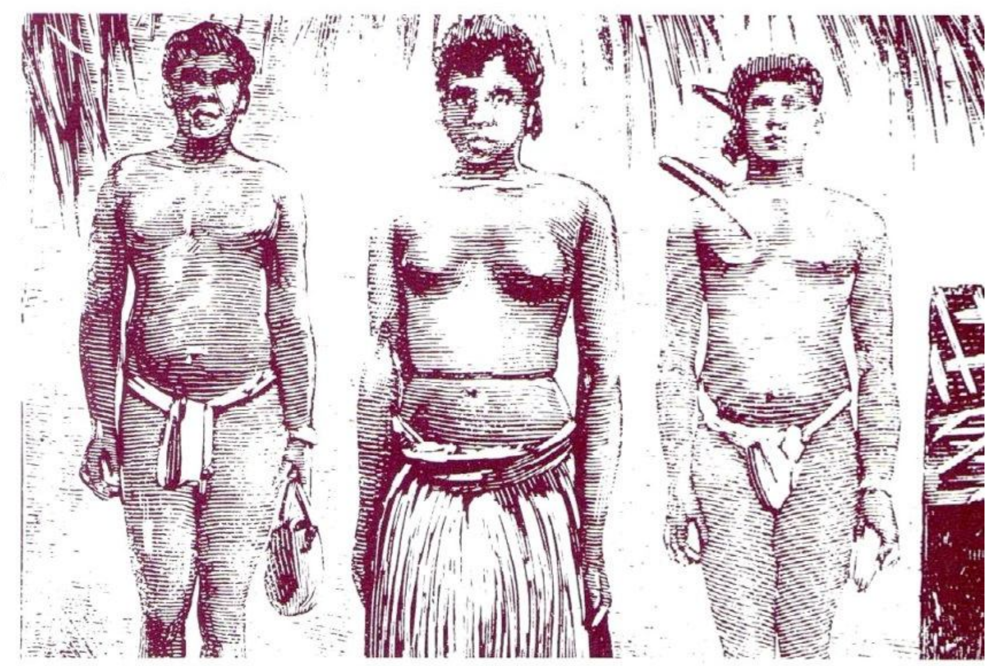
Una vez más intentó la quimera del estre-





Caciques de Togor, Rumó, Rui, Tomil y Lamea de la isla de Yap

Templo del dios en Palaos



Tres indígenas de Palaos

cho, y habiendo vuelto en 1585, fracasó en su deseo de llegar a las fundaciones, al mismo tiempo que reprimía un motín de la tripulación. Decidió dirigirse a España a solicitar auxilio para los colonos, pero fue capturado por corsarios ingleses en 1586 y trasladado a Inglaterra por considerársele personaje importante; cuando fue apresado, arrojó al mar sus libros y papeles.

En Windsor conoció a Walter Raleigh quien hizo amistad con él, valorando sus méritos y conocimientos; su relación fue tan profunda y tanta su admiración por el cosmógrafo que éste fue presentado a la reina Isabel. Tan grata fue la impresión que causó a la reina que le concedió la libertad y le encomendó una misión secreta para Felipe II, le dio mil escudos, y le devolvió los documentos personales.

De regreso a España fue capturado por unos protestantes en el sur de Francia, estuvo preso durante tres años, exigiéndose por él un exagerado rescate, que pidió varias veces al rey, y que, por fin, en 1590, fue pagado. Desde España volvió a intentar una expedición para socorrer a los colonos del estrecho, de los que no se había vuelto a tener noticias. ¿Qué había pasado con ellos? En 1587 pasó por el estrecho el corsario Cavendish y sólo encontró 18 supervivientes, que le informaron de todo cuanto había ocurrido. La empresa en la que tanto empeño había puesto Sarmiento fracasó. La Corona a pesar de los esfuerzos económicos hechos hasta entonces, desistió continuar con la defensa del estrecho, punto de mira de la piratería internacional.

Un místico en las islas del Pacífico

Pedro Fernández de Quirós no pudo resignarse únicamente al fracasado segundo viaje de Mendaña. Gran conocedor de los secretos naúticos que había ido acumulando a lo largo de su vida.

En Manila donde llegó acompañando a doña Isabel de Barreto presentó un Memorial al gobernador don Antonio de Morga sobre la empresa realizada. Recabó los fondos necesarios para reparar un navío y regresar a las costas americanas.

Al no encontrar apoyo en el virrey Velasco para realizar un nuevo viaje al Pacífico, vino a la Península, a donde llegó en 1600, continuando seguidamente a Roma para ganar el jubileo del Año Santo. Se entrevistó con el embajador español, duque de Sessa, quien logró prepararle una entrevista con el papa Clemente VIII. Este le entregó cartas de recomendación para el rey de España, Felipe III.

En 1603 le concedió autorización para realizar el viaje; el temperamento místico de Quirós maravilló al monarca. Era una empresa que encajaba con el espíritu piadoso de Felipe III. El virrey del Perú, conde de Monterrey, le consiguió tres buques y víveres suficientes para un año. Embarcaron unos 300 hombres, entre marinos y soldados, seis frailes franciscanos y cuatro hermanos hospitalarios; llevaban semillas y animales para fundar una colonia. Como figura competente, en asuntos de naútica, iba un marino llamado Luis Váez de Torres.

La finalidad del viaje era descubrir la *Tierra Austral,* buscada desde los comienzos del siglo XVI, y representada en la primitiva cartografía referente al Nuevo Mundo. *La Tierra Austral* se suponía al sur de Nueva Guinea y de las islas descubiertas por Mendaña. La idea de aquellas tierras estaba envuelta en fabulosas leyendas de riquezas de todo tipo. Pero no eran el lucro y la riqueza las circunstancias que animaban a Quirós, sino todo lo contrario, la evangelización.

Su espíritu místico y puritano quiso implantarlo en la tripulación, incluso vistiendo el hábito franciscano. Pero su forma de pensar estaba muy lejos de las apetencias y ansias de riqueza de la soldadesca de a bordo.

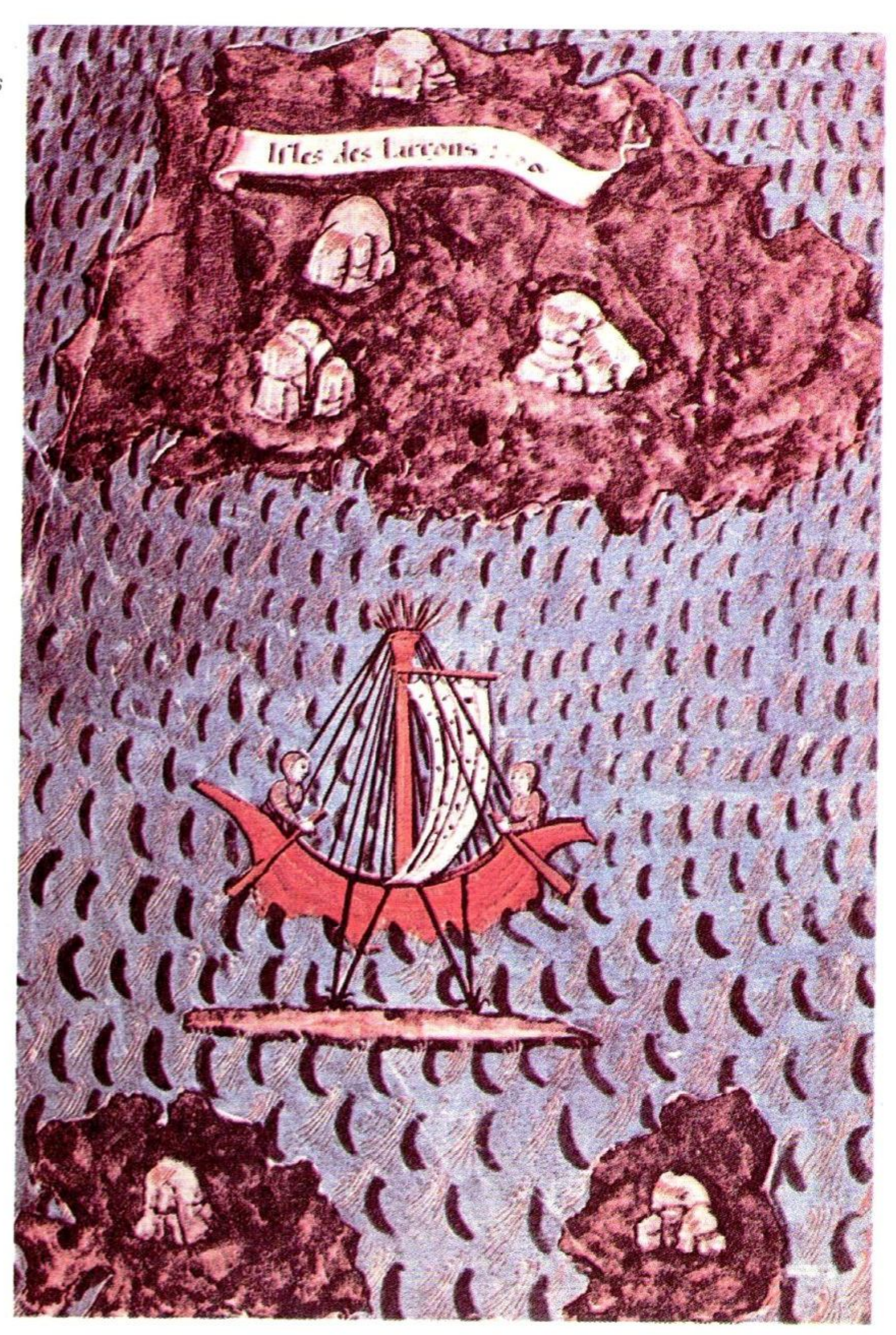
En diciembre de 1605 zarparon del puerto del Callao, rumbo a las Salomón y las Santa Cruz. Pero el temperamento de Quirós, sus enfrentamientos con la tripulación, y, sobre todo, la imposición de criterios del piloto Juan de Ochoa, hicieron apartarse de la idea inicial del capitán, que de haberla seguido, sin duda, habrían llegado a Nueva Zelanda o a Australia.

Hasta finales de enero de 1606 no encontraron la primera isla, que estaba deshabitada; después divisaron otras del archipiélago de Tuamotú. La travesía hasta Santa Cruz fue dura y penosa por la falta de víveres y agua. En abril llegaron a la isla de Taumaco, o Nuestra Señora del Socorro, ya del grupo de las Santa Cruz. El cacique les indicó la existencia de otras islas, pero habiendo desviado el rumbo equivocadamente, a primeros de mayo de 1606, descubrieron una isla grande en el archipiélago que hoy conocemos con el nombre de Nuevas Hébridas, y que Quirós bautizó como Australia del Espíritu Santo, término que creó con los nombres de *Tierra Austral* —donde interpretó que había llegado— y el de la casa de los Austrias reinante en España.

En la bahía de San Felipe y Santiago, y a orillas de un rio, que llamó Jordán, decidió fundar una ciudad, a la que denominó Nueva Jerusalén. Quirós vivía fuera de la vida real; su misticismo y fantasía espirituales habían ido en aumento. Creó la orden de caballería del Espíritu Santo, de la que hizo caballeros a la mísera hueste.

La belicosidad indígena les hizo abandonar temporalmente la recién fundada ciudad; regresaron nuevamente para pasar el invierno, pero una fuerte tormenta separó a las tres embarcaciones. Dos de ellas lograron entrar en la bahía; la de mayor tonelaje consiguió anclar, pero la de Quirós no pudo hacer la maniobra completa y fue arrastrada hacia mar abierto; intentó regresar, pero la oposición de

La isla de los Ladrones, nombre que le dio Magallanes a una de las Marianas (grabado de una edición de la Relación *de Pigafetta)*



los hombres le hizo desistir definitivamente, y decidió dirigirse hacia las costas de América.

Su espíritu tenaz no le dejaba descansar, por lo que nuevamente se trasladó a Madrid en 1607; durante los siete años que permaneció en la Corte, viviendo míseramente, siguió buscando las recomendaciones oficiales y privadas para que le apoyasen en una nueva empresa. Las autoridades del Consejo de Indias le alentaban pero, al mismo tiempo, daban largas a sus peticiones que elevaba constantemente en memoriales.

El tesón de Quirós casi llegó a aburrir a las autoridades, y la única forma de hacerle callar y que no escribiese más documentos era concederle la correspondiente autorización. En octubre de 1614, se le ordenaba al virrey del Perú, príncipe de Esquilache, que aprestase la armada a toda prisa, pero al mismo tiempo se le comunicaba que lo dilatase todo lo posible. Entusiasmado partió para Indias. Su muerte, ocurrida en 1615, quizá le libró de algún grave disgusto si hubiera descubierto cómo se estaba jugando con su persona. No

fue la desconfianza que se demostró hacia la persona de Quirós la que motivó la dilación, sino que la Corona se sentía sin fuerzas para iniciar una nueva empresa de la magnitud que representaba la colonización de la *Tierra Austral,* de la falsa Australia que descubrió Quirós.

Al separarse Luis Váez de Torres y Quirós ante la costa de Australia del Espíritu Santo, aquél decidió esperar varios días para ver si regresaba su jefe; convencido de que algo grave le había ocurrido, decidió actuar por su cuenta. Recorrió las costas de *Espíritu Santo,* reconociendo su insularidad y, desde allí, se dirigió hacia el suroeste, pero el mal tiempo le obligó a cambiar de rumbo, caminando hacia el noroeste, en busca de Nueva Guinea. Al llegar al extremo sudeste se percató de que no podía costear el litoral norte, el único conocido hasta entonces, y decidió recorrer toda la costa sur, todavía desconocida, a través de un mar sumamente peligroso. Sin percatarse, recorrió el estrecho que hoy lleva su apellido —estrecho de Torres— entre Nueva Guinea y Australia. No se dio cuenta de que la tierra que tenía a su izquierda era el continente australiano, y que Quirós quería encontrar. Realizada su hazaña en septiembre de 1606, decidió regresar a Filipinas. Desde Manila, en 1607, escribió su relato al rey.

Las Marianas

Las islas de los Ladrones, descubiertas por Magallanes en 1521, fueron visitadas en viajes sucesivos, pero siempre de paso, nunca con la finalidad de asentamiento. En 1565, Legazpi, en su expedición a Filipinas, tomó posesión de la isla de Guam, pero sin realizar ningún intento de colonización.

Las Ladrones quedaron abandonadas hasta la segunda mitad del siglo XVII en que se inició su evangelización. Un jesuita, el padre Diego Luis de Sanvítores, en viaje desde México a Filipinas, a donde iba destinado como misionero, se detuvo en las islas (1662). Ante la miseria y el estado salvaje de la población, decidió abandonar su misión en Filipinas y dedicarse en cuerpo y alma a los indígenas de las Ladrones.

Vino a España, logró entrevistarse con el padre Nithard y con la reina doña Mariana de Austria, y de ellos obtuvo todo el apoyo que él buscaba, decidiendo bautizar a aquellas islas con el nombre de Marianas en honor de la reina.

Concedidos los permisos oficiales regresó a México contando con la ayuda del virrey, el Marqués de Mancera. En 1668, acompañado por cinco jesuitas, con varios miles de pesos, y unos sencillos ornamentos religiosos, se dirigió a la isla de Guam. En la localidad de Agaña fundó la primera misión, a la que denominó San Ignacio. En este primer encuentro se bautizaron numerosos indígenas. Los compañeros del padre Sanvítores se trasladaron a las islas de Rota, Saipán y Tinián.

Habían pasado tres años y la actividad evangelizadora había dado su fruto; más de 13.000 indígenas habían sido bautizados y recibían enseñanza en los colegios que habían construido los misioneros en las islas. La predicación del cristianismo, buscando la igualdad entre los hombres, fue motivo para que ocurriesen algunas rebeliones indígenas dirigidas por la nobleza aborigen que veía tambalear sus privilegios frente a la clase humilde. A consecuencia de estas revueltas, en Saipán, murió el padre Luís de Medina. En 1672 fue asesinado el padre Sanvítores. La hostilidad indígena continuó en años sucesivos.

A partir de 1674, desde México, se tomaron las medidas necesarias para reprimir los levantamientos de los cabecillas indígenas. El jefe militar Damián Esplana logró la sumisión de Guam; posteriormente, el gobernador Juan de Salas tuvo que sofocar otra sublevación.

En 1684, estalló un virulento levantamiento en Guam que causó la muerte a varios misioneros, lo que obligó a la concentración de tropas y religiosos en esta isla y abandonar el resto del archipiélago.

A fines de siglo, en 1698, el gobernador José Quiroga, consiguió controlar la situación, y ordenó despoblar todas las islas, concentrando la población en tres: Guam, Rota y Saipan.

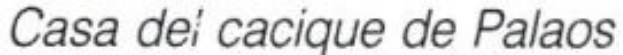
Las luchas indígenas habían ocasionado una considerable baja de la población; para reforzarla, se repoblaron las islas con población tagala, que se mezclaron con los aborígenes.

Los chamorros —como se conoce a los indígenas— desarrollaron una actividad pacífica durante los siglos XVIII y XIX. En 1810, se establecieron colonias inglesas y norteamericanas en la isla de Agrigán, que pretendieron destruir la soberanía española; en 1815, se había resuelto el conflicto diplomático.

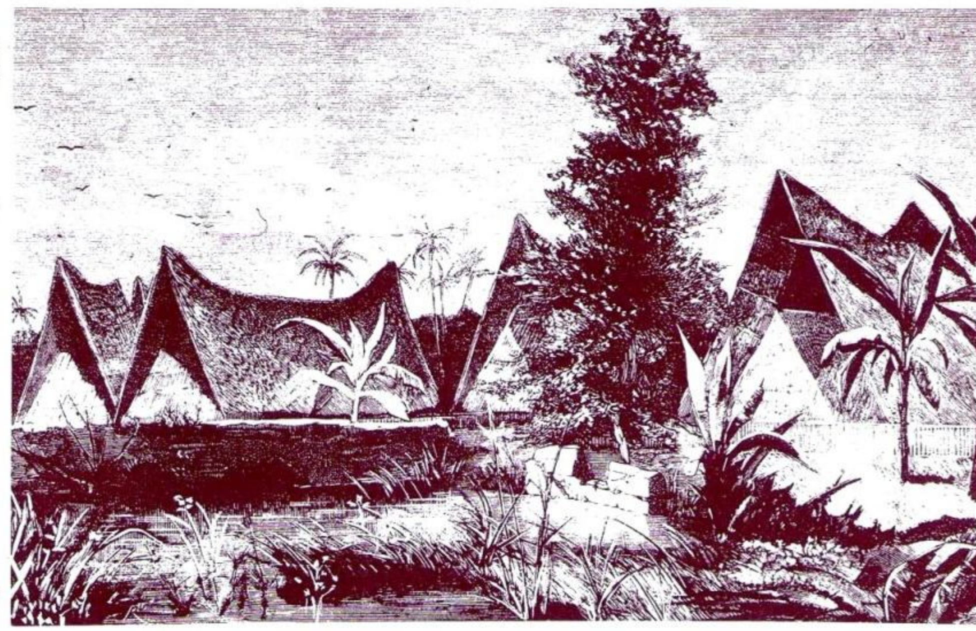
Por el Tratado de París, en 1898, España cedió a Estados Unidos la isla de Guam, y en febrero de 1899, vendió el resto de las islas a Alemania.

No podemos terminar este trabajo sin referirnos al conjunto de islas que se agrupan con

Soldados indígenas de las Carolinas



Casa del cacique de Palaos



Casa de los indígenas de la isla de Yap (Carolinas)

el nombre geográfico de las Carolinas. Tres grupos cabe señalar: Las Carolinas, propiamente dichas, o centrales; las islas Palaos, que están consideradas como occidentales; y, por último, las orientales, los archipiélagos de las Marshall y Gilbert. De las que denominamos centrales destacan Ponapé, Ualan, Uluti, Yap y Ruk.

Los contactos españoles con aquellas islas se iniciaron en 1526, cuando Toribio Alonso de Salazar —sucesor en el mando por muerte de Loaisa y Elcano— descubrió la isla de San Bartolomé, que quizá, corresponda a Taongui, al norte de las Marshall. La mayoría de los descubridores que cruzaron el Pacífico avistaron o recalaron en alguna de las islas de las Carolinas. Pero los contactos hispánicos quedaron olvidados, hasta que en 1686, Francisco Lazcano recaló en una de las islas centrales y la denominó Carolina, en honor del rey Carlos II, nombre que se impuso a todo el archipiélago.

Aunque se hizo alguna tentativa de evangelización, no llegó a fructificar. A fines del siglo XVII llegó a Filipinas un grupo de indígenas procedente de Palaos, lo que animó a realizar

una profunda evangelización. A comienzos del XVIII, los buenos deseos fracasaron, debido, sobre todo, a los recios temporales que ocasionaron varios naufragios.

En 1710, Francisco Padilla localizó la isla de Sonsorol, a la que bautizó con el nombre de San Andrés, donde se quedaron algunos misioneros jesuitas para iniciar la evangelización, pero quedaron abandonados, y fueron víctimas de los ataques indígenas. En 1729, un grupo de nativos procedentes de las islas llegaron a las Marianas, y ante su estado de salvajismo, se acordó enviar una nueva misión bajo la dirección del padre jesuita Antonio Cantova, pero también, juntamente con sus compañeros, pereció a manos de los indígenas.

Aunque la Corona española estaba segura de sus derechos en aquellas islas, la verdad es que tampoco hizo nada por mantener su soberanía en ellas, salvo el intento de evangelización, y otros que se sucedieron posteriomente. El total abandono hizo que a lo largo del siglo XIX misioneros y comerciantes extranjeros se fuesen estableciendo, y, cuando en 1875, España quiso regular el tráfico por las islas, Inglaterra y Alemania presentaron una reclamación conjunta alegando que las islas se consideraban tierra de nadie.

El gobierno de don Antonio Cánovas no contestó, pero sí manifestó que España no tenía pretensiones sobre ellas. Al mismo tiempo, el ministro de Estado, Calderón Collantes, rechazó la política del general Malcampo, gobernador de Filipinas, sobre la presencia española en Carolinas.

Las apetencias de Bismarck

A pesar del desinterés mostrado por las autoridades españolas, los indígenas no estaban de acuerdo con el abandono en que vivían y, a petición de los habitantes de Yap, en 1885, se acordó tomar posesión real de la isla y hacer efectiva la soberanía en todo el archipiélago. Se reanudaba, nuevamente, el interés de España. Dos caciques indígenas de Palaos acataron a los representantes españoles, al mismo tiempo que se enviaba una expedición a Yap con misioneros y soldados, a cargo de Enrique Capriles como gobernador. Llegaron el 21 de agosto de 1885. No habían tenido aún tiempo de realizar el acto solemne de posesión, cuando apareció una goleta alemana —Iltis— y el día 25 proclamó el protectorado alemán sobre las Palaos y las Carolinas. El gobernador intentó buscar apoyo en el comandante naval español, quien no sólo no le apoyó, sino que lo depuso del cargo, y la isla fue evacuada.

A los pocos días se recibió un despacho oficial alemán dirigido al gobierno español, en el que se comunicaba a éste la implantación de la soberanía alemana en las islas. La amenaza hecha por el gobierno germano fue conocida por el pueblo español a través de la prensa, lo que supuso un alboroto popular y callejero. *La Sociedad Española de africanistas y colonistas* redactó una voluminosa memoria en la que se analizaban los derechos adquiridos por España sobre las islas. Los movimientos de protesta a nivel nacional adquirieron una gran virulencia, temiéndose incluso, un conflicto bélico.

En agosto del 85, el gobierno Cánovas hizo una protesta, muy suave, a las autoridades alemanas, a la que Bismarck contestó que estaba dispuesto a examinar los derechos alegados por España e, incluso, acudir al arbitraje internacional, si fuera necesario. El resto de las potencias extranjeras vieron con temor los intentos expansionistas germanos, lo que hizo que aquellas interviniesen y pidiesen un arbitraje para mediar en la cuestión, solución que no aceptaba el gobierno español. Bismarck designó como mediador al papa León XIII. España acusó debilidad ante la propuesta, y se acogió a la intervención del Vaticano. El Papa reconoció la soberanía española en Carolinas y Palaos, a cambio de *plena* libertad comercial para Alemania y de igualdad de sus súbditos en las islas.

Firmado el documento oficial, en diciembre de 1885, se obligó a España a ocupar de hecho las islas, y se autorizaba el tráfico libre a Alemania en las islas no ocupadas. Solucionadas las tensiones anteriores, Isidro Posadillo se hizo cargo del gobierno de Ponapé; al poco tiempo estalló una rebelión indígena, movida por metodistas norteamericanos.

El gobernador, juntamente con parte de la guarnición, pereció asesinado. A comienzos de 1890 tuvo lugar otra nueva revuelta indígena, teniendo que reforzar la guarnición. El establecimiento de misiones católicas obligó al gobierno norteamericano a retirar a los metodistas, a cambio de una importante indemnización. En 1899 —después del Tratado de París—, España vendió a Alemania las Carolinas y Palaos, junto con las Marianas, por la cantidad de 25 millones de pesetas.

Hemos realizado un rápido y somero recorrido de la presencia española en el Pacífi-



Una fonda de las afueras de la Manila del siglo XIX (grabado de La Ilustración Española y Americana)

Puerta de Isabel II en Manila (grabado de La Ilustración Española y Americana)

Cronología

1517 *Magallanes llega a Sevilla.*
1518 *Carlos V firma la capitulación con Magallanes, en Valladolid.*
1519 *Comienza el viaje de circunnavegación de Magallanes y Elcano (septiembre).*
1520 *Descubrimiento del paso —estrecho de Magallanes— en noviembre.*
1521 *Magallanes muere en la isla de Mactán, Filipinas, el 27 de abril.*
1521 *Consumación de la conquista de Méjico por Hernán Cortés.*
1522 *Elcano regresa a España, en septiembre.*
1524 *Andrés de Urdaneta conoce a Juan Sebastián Elcano.*
1524 *Fundación de la Casa de la Especiería, en La Coruña.*
1525 *Zarpa de La Coruña la expedición de García Jofre de Loaisa hacia las Molucas. Van en ella Elcano y Urdaneta.*



1526 *Muere Juan Sebastián Elcano en aguas del Pacífico.*
1528 *Llega a las Molucas la nao* Florida, *capitaneada por Alvaro de Saavedra. La expedición fue ordenada por Hernán Cortés desde Nueva España.*
1529 *Tratado de Zaragoza. Carlos V empeña las Molucas a Portugal.*
1529 *Aparición del mapa del Nuevo Mundo, de Diego de Rivero.*
1530 *Tensiones bélicas entre castellanos y portugueses en el Maluco.*
1532 *Nace Pedro Sarmiento de Gamboa.*
1533 *Francisco Pizarro conquista el Tawantinsuyu (Perú).*
1535 *Urdaneta abandona las Molucas.*
1540 *Urdaneta llega por primera vez a Méjico.*
1542 *El virrey don Antonio de Mendoza envía a Ruy López de Villalobos al Pacífico. Da nombre al archipiélago filipino, hasta entonces conocido como islas de San Lázaro.*
1542 *Aparición del mapa del Nuevo Mundo, de Alonso de Santa Cruz.*
1542 *Nace Alvaro de Mendaña y Neira, en Ponferrada.*
1552 *Urdaneta ingresa en el convento agustino de Méjico.*
1557-58 *Viaje de Juan de Ladillero por el estrecho de Magallanes.*
1558 *Sube al trono la reina Isabel de Inglaterra. Muere el emperador Carlos V.*
1564 *Salida de la expedición de Legazpi-Urdaneta hacia Filipinas.*
1565 *Legazpi llega a la isla de Cebú, en Filipinas. Urdaneta inicia el viaje de regreso a Méjico, en octubre.*
1567-68 *Zarpa la primera expedición de Mendaria desde Lima. Descubre las islas Salomón.*
1568 *Muere Urdaneta, en Méjico.*
1570 *Mapamundi de Ortelio.*
1571 *Fundación de Manila.*
1572 *Muere en Manila Miguel López de Legazpi.*
1576-78 *Viajes de Martin Frobisher en busca de un paso hacia Asia, por el norte.*
1578 *Drake pasa el estrecho de Magallanes.*
1579-80 *Pedro Sarmiento de Gamboa explora la ruta de Magallanes.*
1581 *Cortés de Thomar, Portugal. Felipe II anexiona Portugal a España (1581-1640).*
1583 *El jesuita Alonso Sánchez propone la conquista y evangelización de China.*
1586 *Thomas Cavendish captura el galeón español que hacía la ruta Manila-Acapulco.*
1588 *Felipe II manda formar una junta especial para estudiar las peticiones de las autoridades de Filipinas.*
1594 *Se funda la Hermandad de la Santa Misericordia de Manila.*
1594 *Hawkins pasa del Atlántico al Pacífico.*
1595 *Segunda expedición de Alvaro de Mendaña; le acompaña su mujer, Isabel de Barreto. Descubre el archipiélago de las islas Marquesas.*
1596 *Isabel de Barreto, con los supervivientes de la expedición, llega a Manila.*
1600 *Organización de la Compañía de la India Oriental (inglesa).*
1605 *Pedro Fernández de Quirós descubre las Nuevas Hébridas. Le acompaña Pedro Váez de Torres.*
1606 *Váez de Torres descubre el estrecho entre Nueva Guinea y Australia, el actual estrecho de Torres.*
1662 *El padre Luis de Sanvitores pasa por Los Ladrones.*
1668 *Sanvitores desembarca en Guam, Marianas, con cinco jesuitas. Funda la primera misión en Agaña, que llamó San Ignacio.*
1672 *Rebelión indígena en las Marianas. Muere el padre Sanvitores.*

Dos escenas de tipos y costumbres filipinas poco antes de la independencia. Arriba: *Matrimonio criollo.* Abajo: *Campesinos filipinos cortando tabaco (grabados del siglo XIX)*

co, desde aquel lejano año de comienzos del siglo XVI en que Fernando de Magallanes logró cruzar del Atlántico al Pacífico, en busca del Mar del Sur, que descubriera un día de septiembre de 1513, Vasco Núñez de Balboa, hasta los últimos momentos de la presencia española en las Marianas y las Carolinas.

El balance histórico del Pacífico Español

En ese largo periodo, de casi cuatrocientos años, la Corona Española intentó descubrir, colonizar y evangelizar los lejanos archipiélagos del Pacífico, y, desde ellos, penetrar en Japón, Tailandia, Formosa, etcétera. No había oro y plata en abundancia, pero sí hombres y mujeres con costumbres bárbaras y primitivas, a quienes había que hacerles comprender nuevos sistemas de vida. Fue un esfuerzo desinteresado, unas veces con éxito, otras con fracaso, pero siempre con la misma idea. Los distintos monarcas, austriacos o borbones, tuvieron presente el pensamiento espiritual del rey Felipe II cuando se trató de la conveniencia o los inconvenientes de seguir manteniendo la presencia española en las islas Filipinas: en donde hubiese un indio por evangelizar, todo esfuerzo compensaba.

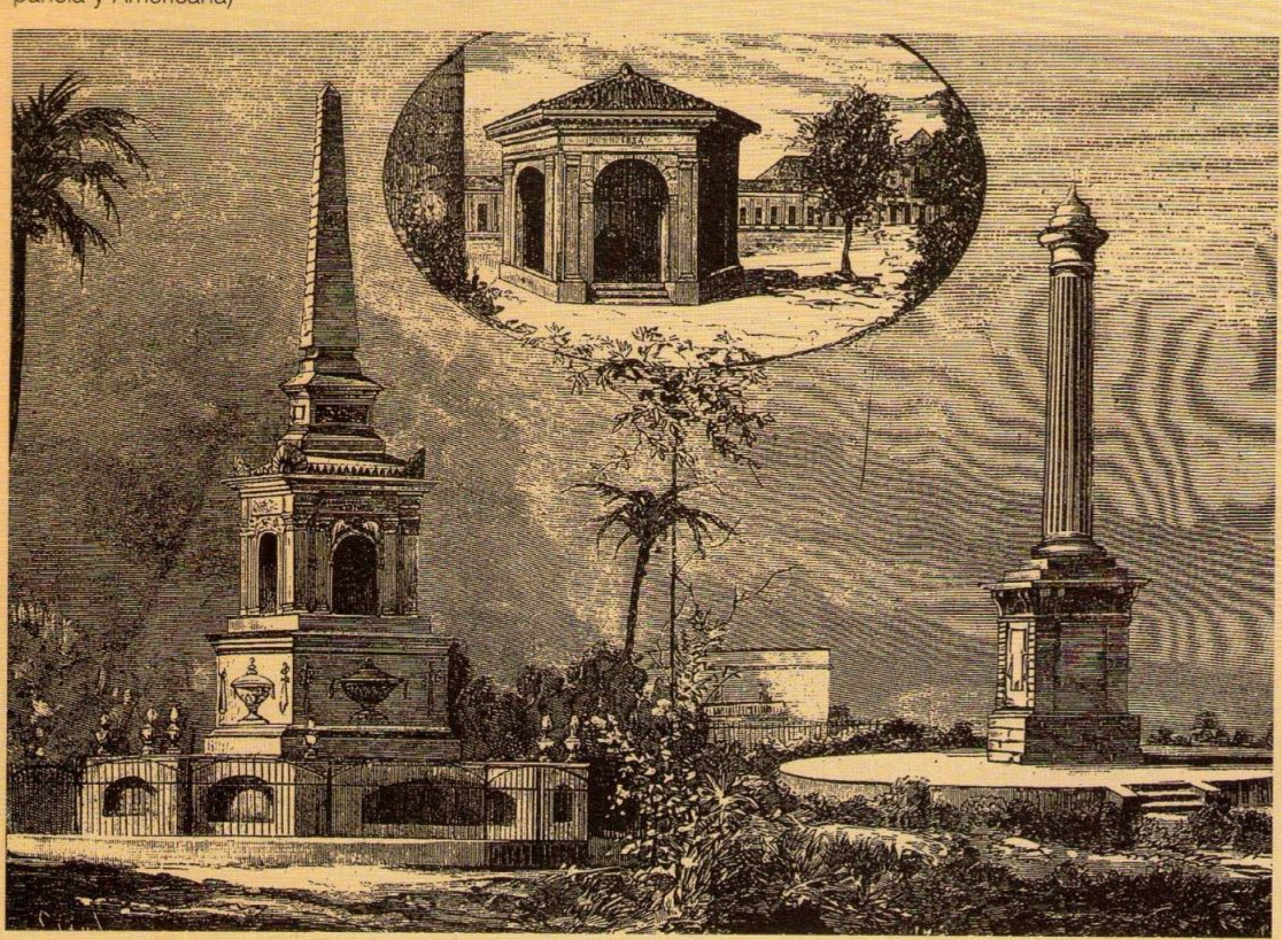
El historiador dijo durante un simposio sobre el Pacífico celebrado en la Universidad de Hawai: *España fue la más grande nación exploradora y científica en la región del Pacífico durante los siglos XVI y XVII. Más todavía, la expedición científica de la región del Pacífico dirigida por Malaspina a fines del siglo XVIII puede compararse formalmente con cualquier otra del período. Sin embargo, el amplio reconocimiento que España merece por todo lo que hizo (que es mucho más que aquello que ha obtenido publicidad) habrá de venir cuando se emprenda el estudio de los muchos documentos españoles no publicados o poco conocidos.* Nosotros compartimos la misma opinión.

Bibliografía

Arteche, J: *Elcano,* San Sebastián, 1969. Cabrero, L: *Andrés de Urdaneta,* Protagonistas de América, Madrid, Historia 16/Quorum, 1987. Cabrero, L: *Fernando de Magallanes,* Protagonistas de América, Madrid, Historia 16/Quorum, 1987. Cortés, H: *Cartas y Documentos,* introducción de Mario Hernández Sánchez-Barba, Porrúa, México, 1969. Chaunu, P.: *Les Philippines et le Pacifique Iberique (XVII-XVIII siécles),* París, S.E.V.P.E.N., 1960. Díaz-Trechuelo, L.: *Navegantes y conquistadores vascos,* Madrid, Publicaciones Españolas, 1965. Díaz-Trechuelo, M.L.: *Filipinas y el Tratado de Tordesillas.* El tratado de Tordesillas y su proyección, Valladolid, Primer Coloquio Luso-Español de Historia de Ultramar, páginas 229-240, 1973. Fernández de Quirós, P.: *Descubrimiento de las regiones australes.* Edición de Roberto Ferrando, Crónicas de América número 25, Madrid, Historia 16, 1986. Hernández Sánchez-Barba, M.: *Los convenios de Zaragoza.* El tratado de Tordesillas y su proyección, Valladolid, Primer coloquio Luso-Español de Historia de Ultramar, páginas 179-183, 1973. Landin Carrasco, A.: *Mourelle de la Rua, explorador del Pacífico,* Madrid, Hispánica, 1970. León-Portilla, M.: *Hernán Cortés y la mar del sur,* Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1985. Martínez Rivas, J.R.: *Vasco Núñez de Balboa,* Protagonistas de América, Madrid, Historia 16/Quorum, 1987. Mathes, M.W.: *Sebastián Vizcaíno y la expansión española en el Pacífico, 1580-1620,* México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1973. Mellen Blanco, F.: *Manuscritos y documentos españoles para la historia de la Isla de Pascua,* Madrid, Biblioteca C.E.H.O.P.U., 1986. Méndez Pereira, O.: *Nuñez de Balboa,* Madrid, 1975. Morales Padrón, F.: *Historia del descubrimiento y conquista de América,* Madrid, 1963. Pigafetta, A.: *Primer viaje alrededor del mundo.* Edición de Leoncio Cabrero, Madrid, Crónicas de América, 12, Historia 16, 1985. Prieto, C.: *El océano Pacífico,* Madrid, Ediciones de la Revista de Occidente, 1972. Rodríguez, I.R.: *Historia de la Provincia Agustina del Santísimo Nombre de Jesús de Filipinas,* Manila, Historia Agustiana, volumen XII, 1978. San Agustín, G. de: *Conquistas de las islas Filipinas,* Edición, introducción y notas por Manuel Merino. Madrid. C.S.I.C., 1975. Sarmiento de Gamboa, P.: *Derrotero al Estrecho de Magallanes,* Edición de Juan Batista, Madrid, Crónicas de América, 31, Historia 16, 1987. Tormo Sanz, L.: *El mundo indígena conocido por Magallanes en las islas de San Lázaro,* Aviagem de Fernao de Magalhaes e a questão das Molucas, Lisboa, Junta de Investigaciones Científicas, 1975.



Un misionero agustino durante un sermón al aire libre en presencia de un grupo de filipinos y de las autoridades españolas (arriba). *Monumentos a Magallanes y Legazpi levantados en Filipinas* (abajo, *grabados de* La Ilustración Española y Americana)



CUADERNOS historia 16

historia 16

INFORMACION Y REVISTAS, S. A.

PRESIDENTE: Juan Tomás de Salas.

VICEPRESIDENTE: César Pontvianne.

DIRECTOR GENERAL: Alfonso de Salas.

DIRECTOR DE PUBLICACIONES: Pedro J. Ramírez.

DIRECTOR: J. David Solar Cubillas.

SUBDIRECTOR: Javier Villalba.

REDACCION: Isabel Valcárcel y José M.ª Solé Mariño.

SECRETARIA DE REDACCION: Marie Loup Sougez.

CONFECCION: Guillermo Llorente.

FOTOGRAFIA: Juan Manuel Salabert.

CARTOGRAFIA: Julio Gil Pecharromán.

Es una publicación del Grupo 16.

REDACCION Y ADMINISTRACION: Madrid. Hermanos García Noblejas, 41, 6.° 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.

Barcelona: Paseo de San Gervasio, 8, entresuelo 08021 Barcelona. Teléfono 418 47 79.

DIRECTOR GERENTE: José Luis Virumbrales Alonso.

SUSCRIPCIONES: Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfonos 268 04 03 - 02.

DIRECTOR DE PUBLICIDAD: Balbino Fraga.

PUBLICIDAD MADRID: Dolores García. Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.

Cataluña: Paseo de San Gervasio, 8, entresuelo. 08021 Barcelona. Teléfono 418 47 79.

Zona Norte: Alejandro Vicente. Avenida del Ejército, 11, departamento 54 B. 48014 Bilbao. Teléfono (94) 435 77 86.

IMPRIME: TEMI.

DISTRIBUYE: SGEL. Polígono Industrial. Avenida Valdeparra, s/n. 28000 Alcobendas (Madrid).

ISBN 84-85229-76-2, obra completa.
ISBN 84-85229-77-0, cuadernos.
ISBN 84-7679-096-1. Tomo 12.

Depósito legal: M. 41.536. — 1985.



Familia dayak, de una isla del Pacífico, descubierta por España en el siglo XVI

España en el Pacífico

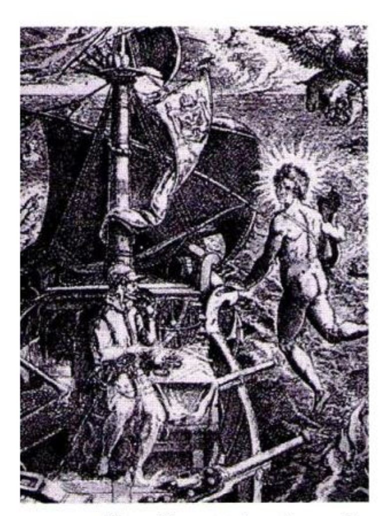
Textos

CUADERNOS
historia 16

El paso del Estrecho

LLAMAMOS a ese estrecho el «Estrecho Patagónico»; en el cual se encuentran, cada media legua, puertosségurísimos, inmejorables aguas, leña —aunque sólo de cedro—, peces, sardinas, mejillones y apio, hierba dulce —también otras amargas—. Nace esa hierba junto a los arroyos y bastantes días sólo de ella pudimos comer. No creo haya en el mundo estrecho más hermoso ni mejor. Por este mar Océano puede practicarse la más dilectísima de las pescas.

Hay tres suertes de peces, largos como el brazo y más, que nombran dorados, albacoras y bonitos, los cuales persiguen a otros peces que vuelan, llamados «colondrinos» —largos, un palmo más también—, de óptimo sabor. Cuando los de aquellas tres especies encuentran a alguno de estos voladores, éstos, con prontitud, saltan fuera del agua y vuelan —pese a tener empapadas las alas— por trecho mayor que un tiro de ballesta. Durante cuyo vuelo córrenle los otros detrás por debajo del agua a su sombra. No acaba aún de caer el primero en el agua, que ya en un decir Jesús, lo han apresado y comido. Cosa, en verdad, bellísima de ver (...).



Magallanes atraviesa el estrecho del mismo nombre (grabado de Teodoro de Bry)

El miércoles 28 de noviembre de 1520 nos desencajonamos de aquel estrecho, sumiéndonos en el mar Pacífico. Estuvimos tres meses sin probar clase alguna de viandas frescas. Comíamos galleta: ni galleta ya, sino su polvo, con los gusanos a puñados, porque lo mejor habíanselo comido ellos; olía endiabladamente a orines de rata. Y bebíamos agua amarillenta, putrefacta ya de muchos días, completando nuestra alimentación los cellos de cuero de buey, que en la cofa del palo mayor, protegían del roce a las jarcias; pieles más que endurecidas por el sol, la lluvia y el viento. Poniéndolas al remojo del mar cuatro o cinco días y después un poco sobre las brasas, se comían no mal; mejor que el serrín, que tampoco despreciábamos (...).

En estos tres meses y veinte días recorrimos cerca de cuatro mil leguas del Mar Pacífico, en una sola derrota (bien pacífico, en verdad, pues en tanto tiempo no conocimos ni una borrasca); sin ver tierra alguna, sino dos islotes deshabitados, en los que nada se encontró fuera de pájaros y árboles. Los llamamos «Islas Infortunadas». Están a doscientas leguas la una de la otra. No había donde fondear a su alrededor; sí muchos tiburones. La primera de las islas está en los 15 grados de latitud austral; la otra, en los 9. Cubríamos cada jornada, sesenta o setenta leguas a la cadena o a popa. Y, si Dios y su Madre Bendita no nos hubieran ayudado con tan buen tiempo, por seguro que habríamos perecido todos de hambre en aquel inmenso mar.

(Del «Primer viaje alrededor del mundo», de ANTONIO PIGAFETTA, Colección Crónicas de América, Historia 16.)

La cruz del Sur

NO está el Polo Antártico tan estrellado como el Artico. Vense muchas estrellas menudas agrupadas, que forman dos nebulosas no muy distantes entre sí ni tampoco con demasiado resplandor. En el espacio entre ambas surgen dos estrellas mayores, tampoco de gran brillo y muy quietas. Nuestra brújula se desviaba siempre con aquella proximidad del Polo Antártico, cuya atracción era de gran fuerza. De todas formas, adelante aquellas aguas, preguntó el capitán general a todos sus pilotos sobre, avanzando siempre a vela, qué rumbo marcaban en sus cartas de navegar. Respondieron a coro que el rumbo que puntualmente él les había trazado. Explicándoles él entonces que dicho rumbo falseaba —gran razón— y que convenía auxiliar con cálculos la brújula, dada la atracción polar magnética. En estas singladuras percibimos una cruz de cinco estrellas radiantes en dirección poniente y dispuestas con gran simetría.

(Del «Primer viaje alrededor del mundo», de ANTONIO PIGAFETTA, Colección Crónicas de América, Historia 16)

Los indios de las Islas de los Ladrones

CADA uno de ellos vive según su voluntad; no existe quien les mande. Van desnudos, alguno con barba; les cuelgan los negros cabellos hasta la cintura, aunque enlazados. Tócanse con sombrerillos de palma como los albaneses. Tienen nuestra estatura y son proporcionados. No adoran a ningún dios. Su tez es olivácea aunque nazcan blancos y se tiñen los dientes de rojo y de negro, reputándolo cosa bellísima. Las mujeres andan igualmente desnudas, si no es que se cubren el sexo con una estrecha membrana de papel, que arrancan de entre el tronco y la corteza de las palmeras; son bellas, delicadas y más blancas que los hombres, con los cabellos sueltos y largos, negrísimos, hasta los pies. Estas no trabajan, sino que permanecen en sus hogares tejiendo esteras o confeccionan cajas y otros objetos útiles. Comen cocos, batatas, pájaros, higos —de a palmo—, caña de azúcar, peces voladores y más cosas. Untanse el cuerpo y la cabellera con aceite de coco y de ajonjolí; sus casas son de troncos enteramente y techadas de tablas y hojas de higuera: más de dos brazas de altura, con pavimento y ventanas. En las habitaciones y lechos abundan las bellísimas esteras de palma. Duermen sobre paja, muy desmenuzada y tierna. No disponen de armas, aparte una especie de jabalina con la punta de hueso de pescado, afilada.

Esa gente es pobre, pero es ingeniosa y ladrona por demás: que así llaman a estas tres «islas de los Ladrones». Su diversión es navegar —la esposa a bordo— sobre sus ágiles lanchas. Vienen a ser éstas como góndolas, más afiladas aún; unas negras; otras blancas, rojas... Al otro bordo que la vela, un tronco grueso, afilado en lo alto, se empalma con travesaños a la separada embarcación: así se sostienen más seguros sobre el agua. La vela es de hojas de palma, cosidas para formar una al modo que la latina. Por timón usan una especie de pala como de horno, cuya asa cruza un barrote. Hacen de la popa proa y de la proa popa y en el agua saltan de ola en ola como delfines. Por lo poco en que les vimos actuar, estos ladrones pensaban ser, sin duda, los únicos habitantes del planeta.

(Del «Primer viaje alrededor del mundo», de ANTONIO PIGAFETTA, Colección Crónicas de América, Historia 16.)

Elcano regresa a España

POR fin, con la ayuda de Dios, el 6 de mayo doblamos el cabo aquel manteniéndonos a unas sus cinco leguas. O nos acercábamos tanto, o no lo habríamos pasado nunca. Navegamos después al mistral, sin repostar los víveres durante dos infinitos meses. En ese plazo murieron veintiún hombres. Cuando echábamos el cadáver al mar, los cristianos se sumergían siempre con el rostro arriba; los indios, con el rostro hacia abajo. Si Dios no nos enviaba buen tiempo, íbamos todos a morir de hambre. Por fin, a impulsos de irresistible necesidad, nos aproximamos a las Islas de Cabo Verde.

El miércoles 9 de julio dimos en una de las tales, la que nominan San Jacobo, y en seguida largamos la falúa a tierra, para avituallar. Con esta invención: decir a los portugueses que se nos había roto el trinquete bajo la línea equinoccial (callándonos que fue tan cerca del cabo de Buena Esperanza), y que, mientras reparábamos, nuestro capitán general, con las otras dos naves, había regresado a España.

Reiteramos a los de la falúa que, una vez en tierra, preguntaran en qué día estábamos; dijéronles los portugueses que jueves para ellos, y se maravillaron mucho, pues para nuestras cuentas era miércoles sólo y no podían hacerse a la idea de que hubiésemos errado. Yo mismo había escrito cada día sin interrupción, por no haberme faltado la salud. Pero, como después nos fue advertido, no hubo error, sino que, habiendo efectuado el viaje todo rumbo a occidente, y regresando al lugar de

partida (como hace el sol, con exactitud), nos llevaba el sol veinticuatro horas de adelanto, como claramente se ve. Habiendo regresado la falúa a tierra por más arroz, detuviéronnos a trece hombres y aquélla también, porque uno de ellos, según más tarde —ya en España— supimos, contó a los portugueses que nuestro capitán había muerto, igual que otros, y que no íbamos a España.

Temiendo que enviasen carabelas a detenernos, igual, a nosotros, huimos rápidamente.

El sábado, 6 de septiembre de 1522, entramos en la bahía de Sanlúcar, no éramos ya más que dieciocho, la mayor parte enfermos. El resto de los sesenta que partimos de Maluco... quién murió de hambre, quién evadióse en la isla de Timor, quiénes fueron ejecutados por sus delitos.

Desde que abandonamos esta bahía hasta la jornada presente, habíamos recorrido más de 14.460 leguas, y logrado la circunvalación del mundo, de levante a poniente. El lunes 8 de septiembre, echamos el ancla junto al muelle de Sevilla y descargamos la artillería completa.

El martes, todos, en camisa y descalzos, fuimos —sosteniendo cada uno su antorcha— a visitar el lugar de Santa María de la Victoria y de Santa María de la Antigua.

(Del «Primer viaje alrededor del mundo», de ANTONIO PIGAFETTA, Colección Crónicas de América, Historia 16.)

La muerte de Magallanes

FIO mucho en Vuestra Señoría ilustrísima porque la fama de capitán tan generoso no se extinga con nuestros tiempos. Entre las otras virtudes que concurrían en él, era la más permanente —a través de avatares bien apretados— su fortaleza para resistir el hambre mejor que todos, así como que conocía las cartas náuticas y navegaba como nadie en el mundo. Y se verá la verdad de esto abiertamente, ya que ninguno se ingenió ni se atrevió hasta conseguir dar una vuelta a ese mundo según él ya casi la había dado. La batalla se desarrolló el sábado 27 de abril de 1521 (el capitán quiso librarla en sábado por ser el día más de su devoción). Fueron muertos con él ocho de nuestros hombres, y cuatro indios ya bautizados: éstos, por las bombardas de las naves, que en plena refriega acercáronse a prestar ayuda. Y, de los enemigos, quince sólo; contra, además, muchos heridos nuestros.

Después del yantar, envió el rey cristiano a inquirir —con nuestro consentimiento— cerca del de Matan si no querrían entregar el cuerpo del capitán con los de los otros caídos: que, a cambio, se les daría cuanta mercancía apeteciesen. Respondieron que no se entregaba tal hombre, como pensábamos, y que no lo devolverían por la mayor riqueza del mundo; antes querían conservarlo, para su memoria.

Apenas murió el capitán, los cuatro hombres que teníamos en el poblado para la adquisición de víveres hicieron subir éstos a bordo. Nombramos después dos gobernadores: Duarte Barbosa, potugués, pariente del capitán y Juan Serrano, español. Nuestro intérprete, que se llamaba Enrique, por haber resultado ligeramente herido, no bajaba ya a tierra para resolver las cosas necesarias, sino que solía permanecer tumbado bajo una tolda. Por lo que Duarte Barbosa, gobernador de la nao capitana, le reprendió a gritos, advirtiéndole que no por la muerte de su señor, el capitán, quedaba libre, sino que ya se encargaría él de que, apenas de regreso en España, pasase a servir a doña Beatriz, mujer del capitán general; y amenazóle con que, si no bajaba a tierra, había de mandarlo azotar. Levantóse el esclavo, pareciendo obedecer a tales palabras, y bajó a tierra a transmitir al rey cristiano que querían marcharse pronto. Pero que, si querían concertarse con él, él se apoderaría de los

barcos y de la carga toda; de manera que organizaron una traición. El esclavo volvió a bordo, aparentemente más activo que antes.

(Del «Primer viaje alrededor del Mundo», de ANTONIO PIGAFETTA, Colección Crónicas de América, Historia 16)

La casa de la Contratación de la Especiería

MEMORIAL presentado el Emperador sobre las ventajas que resultarían de establecer en La Coruña la Casa de Contratación para el comercio de la Especiería. (Archivo de Indias de Sevilla. Leg. l.°, papeles del Maluco, de 1519 a 1547.)

S.C.C.M. Las causas por do V. M., según cumple a su servicio en lo de la negociación de la especería, conviene asiente la Casa de la Contratación della en la cibdad de La Coruña, allende del ennoblecimiento de su Reino, y aumentamiento de sus rentas, son las siguientes:

Primeramente, la dispusición del puerto ser el mejor que hay en todos vuestros reinos, y más a propósito para la negociación, así para el siguimiento del viaje, cuando partan las armadas para tomar de allí su derrota, como para tomarla asimismo quando vienen, les es a menos peligro a las naos, y más conveniente a su navegación y derrota que traen, que otro ninguno, porque desto tenemos experiencia por muchas de las naos quando vienen de Calicud, venir a reconocer a esta costa.

Lo otro, que mandando V. M. asentar allí la contratación, todas las naos que vienen de Poniente y Levante, principalmente de Flandes e Inglaterra, y Francia, y Alemania, y Escocia, y Dinamarca, y Noruega, y de otras muchas partes, donde es principalmente todo el gasto de la especería, les es muy más cerca y más seguro y breve el viaje; mandando V. M. asentar allí la negociación, es escusar de ir por ello a Lisboa, y asentando la Casa en el Andalucía, allende de otros muchos inconvenientes que hay, es éste muy grande: porque hallándolo en Lisboa a comprar, no pasarían el cabo de Sant Vicente, donde allende de ser muy peligroso, y se suelen perder muchas naos, hay tiempo que se es-

Partida de Juan Sebastián Elcano (pintura de Uranga)



tán cuatro y cinco meses que no pueden doblar el cabo. *(De la Colección de los «Viajes y Descubrimientos», de MARTIN FERNANDEZ DE NAVARRETE.)*

Instrucciones de Hernán Cortés a Mendaña

ITEM: daréis a los señores de las tierras donde llegares o poblares, las cartas mías que lleváis para ellos, las cuales van escritas en latín, porque como lengua más universal, podrá ser, según hay contratación en esas partes de muchas y diversas naciones, a causa de las especerías, que halléis judíos u otras personas que las sepan leer; y no hallando tales personas, haréislas interpretar y declarar a la lengua arábiga que lleváis, porque de ésta creo que hallaréis más copia por la mucha contratación que con los moros tienen; y si no tuviesen, lleváis un indio natural de Calicut; éste, forzado, fallará lengua que le entienda, y por medio della se podrá decir a los naturales de la tierra lo que quisiéredes. *(De las «Cartas y documentos», de HERNAN CORTES.)*

Hernán Cortés envía una expedición a las Molucas

ENVIO en ellos (Cortés, en los navíos que había hecho en Zacatula) por capitán general a un hidalgo que se llamaba Alvaro de Saavedra Cerón: fueron su viaje y derrota para las islas de las Molucas y Especería o la China y esto fue por mandado de su majestad... y porque Cortés me mostró la misma carta a mí y a otros conquistadores, lo digo y declaro aquí.. Y quiso Nuestro Señor Jesucristo encaminarles, que fueran a las Molucas e a otras islas; y los trabajos y hambres y dolencias que pasaron, y aun muchos que se murieron en aquel viaje, yo no lo sé; mas yo vi dende ha tres años (de cuando está escribiendo) a un marinero de los que habían ido con el Saavedra, y contaba cosas de aquellas islas y ciudades donde fueron, que yo me estaba admirado... *(De la «Historia verdadera de la conquista de Nueva España», de BERNAL DIAZ DEL CASTILLO, Colección Crónicas de América, Historia 16.)*

El puerto de Acapulco

EL Puerto de Acapulco paresçe que tiene buenas partes, para que en él se arme el Astillero para hazer navíos, e para que en él sea la carga y descarga dellos, por ser vno de los buenos puertos que ay en lo descubierto de las yndias, grande y seguro, y muy sano y de buenas aguas, y mucha pesquería, y de mucha madera para ligazón de los navíos, y tener a çinco o seys legoas, y pocas más, mucha madera para tablazón, y pinos para masteles y entenas; avnque la tablazón se truxese allí de otras partes por mar, ynporta mucho que el puerto para hazer los navíos y para la carga y descarga sea en Acapulco, porque demás que es bueno y tener las partes que tiene, bien çerca del puerto es la tierra razonablemente poblada, y desta çiudad a él no ay de sesenta y tantas legoas arriba, y camino que andan por él arrias, y desde la Veracruz al dicho puerto ay asta çiento e diez legoas, poco más o menos, e asimismo camino por donde andan arrias cargadas, y por la mayor parte dél andarán carretas que por la çiudad de los Angeles el camino para allá sin benir a esta çiudad, de manera que desde la Veracruz al puerto de Acapulco ay menos que al de la Nabidad setenta legoas, pocas más o menos, que es más del terçio del camino, e asimismo desde esta çiudad de México al puerto de Acapulco es más corto el camino que al de la nauidad. *(De la «Historia de la Provincia Agustiniana del Smo. Nombre de Jesús de Filipinas», compilador: ISACIO R. RODRIGUEZ.)*

Felipe II escribe al Padre Urdaneta

DEVOTO Padre Fray Andrés de Urdaneta, del Orden de San Agustín: Yo he sido informado que vos, siendo seglar, fuisteis con la Armada de Loaysa y pasasteis el estrecho de Magallanes y a la especería, donde estuvisteis ocho años en nuestro servicio. Y porque ahora hemos encargado a Don Luis de Velasco, nuestro Virrey de esa Nueva España, que envíe dos navíos al descubrimiento de las Islas del Poniente, hacia las Malucas, y les dé orden en lo que han de hacer, conforme a la instrucción que se le ha dado; y según la mucha noticia que vos diz que tenéis de las cosas de aquella tierra y entender, como entendéis, las cosas de la navegación de ellas y ser buen Cosmógrafo, sería de grande efecto que vos fueseis en los dichos navíos; así para lo que toca a la dicha navegación, como para el servicio de Nuestro Señor. Yo os ruego y encargo que vayáis en los dichos navíos, y hagáis lo que por el dicho nuestro Visorrey os fuere ordenado, que además del servicio que hareis a Nuestro Señor, seré yo muy servido y mandaré tener cuenta con ello para que recibáis merced en lo que hubiere lugar. De Valladolid, a 24 de septiembre de 1559 años. Yo el Rey. Por mandado de su Majestad Francisco de Eraso. *(De la «Conquista de las Islas Filipinas», de GASPAR DE SAN AGUSTIN O.S.A..)*

Relación de Luis Báez de Torres a Felipe III desde Manila, a 12 de julio de 1607

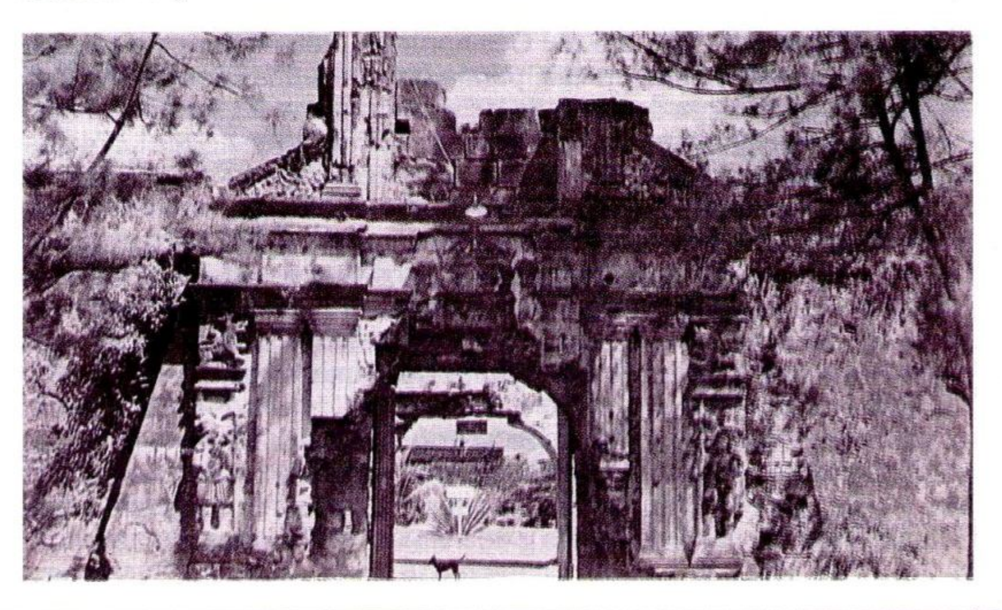
POR hallarme en esta Ciudad de Manila acabo de año y medio de haber navegado y descubierto las tierras y mar por la parte Meridional inconita; y porque en esta Real Audiencia de Manila no me han querido hasta agora dar despacho para haber de acabar el viaje como V.M. lo manda, y porque yo estaba con esperanzas de ser el primero que a V.M. había de hacer relación de lo descubierto con los restantes, y como estoy detenido y no saber si en esta Ciudad de Manila me han de despachar quise enviar persona a dar cuenta a V.M. que es Fray Joan de Merlo de la Orden de San Francisco, uno de los tres Relixiosos que a mi cargo traje, cuya relación dará a V.M. como persona que se halló en todo; la qual de mi parte es la siguiente:

Salimos del Puerto del Callao de la Ciudad de los Reyes del Perú a veinte y uno de Diciembre con dos Navíos y una Lancha, por el año seiscientos y cinco por cabo dellos el Capitán Pero Fernández de Quirós y yo por su Almirante; y en muy buen comitiva a la venta de sudeste caminamos por este Camino ochocientas leguas y en altura de veinte y seis grados, parecióle a nuestro Cabo no pasar de aquí por ciertos movimientos que hacía el tiempo, al qual yo di firmado de mi nombre que no era cosa acertada bajar de allí hasta no llegar a 30 grados y más, si el tiempo nos dejase: no valió mi parecer, porque los dichos 26 grados bajamos luego por el rumbo del Oes-norueste, fuimos por este camino hasta 24 grados y medio; en este paraje hallamos una Isleta rasa como de dos leguas de largo despoblada y sin fondo de poder surgir las Naos: de aquí salimos gobernando al Oeste quarta al Norueste hasta 24 grados: en este paraje hallamos otra Isla despoblada y sin surgidero; tendría como diez leguas de circunferencia, pusímosla por nombre San Valerio: de aquí salimos gobernando al Oeste quarta al Norueste un día; y luego al Oesnorueste hasta llegar a 21 grados y un tercio. En este paraje hallamos otra Isleta rasa y sin fondo, despoblada, repartida en pedazos: pasamos adelante por el mismo rumbo, y andadas 25 leguas hallamos quatro Islas trianguladas de 5 ó 6 leguas cada una, rasas, despobladas y sin fondo; pusímoslas por nombre las Vírgenes, aquí nos noresteaba la aguja, de aquí salimos gobernando al Norueste hasta 19 grados. En este paraje vimos una Isleta a la banda de este, apartada de nosotros como tres leguas, era parecida con las de atrás. Pusímosla por nombre Santa Polonia, bajando por aquí medio grado vimos una Isla rasa con una punta al Sureste llena de palmas estaba en 18 grados y medio, llegamos a

Andrés de Urdaneta



ella, no tenía surgidero, vimos gente en la playa; fueron las barcas a tierra y llegados que fueron no pudieron desembarcar por la mucha mar y peñas, llamábanle los indios de tierra, echarme dos Españoles a nado, a los que les recibieron muy bien, echado las armas en tierra los abrazaron y besaron en el carrillo. Con esta amistad vino un principal dellos a hablar a bordo de la Capitanía, y una mujer vieja, a los quales vistieron y regalaron, y los volvieron a echar en tierra luego, porque estaban con gran temor; en pago del beneficio enviaron un mazo de cabellos y unas malas plumas y unas cáscaras de ostiones de perlas labradas; todo esto eran galas suyas, gente muy salvaje, amulatada, y corpulenta. Las armas que usan son unas lanzas muy largas y muy gruesas. Por no podernos saltar en tierra, ni haber surgidero pasamos adelante gobernando al oesnorueste fuimos por este rumbo dando vista a tierra desta Isla, no pudimos llegar a ella fuera del principio, por el viento contrario y recio y con muchos aguaceros: era toda ella muy rasa que a partes la lavaba el agua. Deste paraje de 16 grados y medio fuimos gobernando al Norueste quarta a el Norte hasta 10 grados y 3 quartos, en este paraje vimos una Isla que se entendía ser la de San Martín y de Sant Bernardo, por estar en pedazos, más no lo era por lo que después vimos: no hallamos surgidero en ella, aunque fueron las Barcas a tierra por ver si había agua, que tenían falta de ella, y no la hallaron, sólo hallaron unos cocos aunque pequeños. Visto por nuestro Cabo que nos faltaba el agua, acordó que fuésemos a la Isla de Santa Cruz a donde había estado con al Adelantado Alvaro de Avendaño, diciendo que allí nos proveeríamos de agua y leña, y se determinaría lo que más nos conviniese al servicio de V.M. Andaba en este tiempo la gente de la Capitanía alborotada y con designio de irse derechos a Manila; por esta causa menvió al Piloto mayor preso a mi nao sin hacelle causa ni a otros, siendo de mi bien importunado los castigase o me los dejase castigar, pues tenían el nombre de traidores, y no lo quiso hacer; por donde le sucedió lo que V.M. tendrá sabido, pues le hicieron volver del camino, como adelante se dirá, y el lo habrá dicho en esa Real Corte de V.M. Salimos desta Isla arriba dicha al Oeste quarta al Norueste, aquí hallamos en este Meridiano que el Aguja nordesteaba muy cerca de una quarta, llegamos por este camino hasta 10 grados largos, en este paraje hallamos una Isla rasa de cinco o seis leguas avegadiza y sin fondo, era poblada y la gente y armas era hechura como las de atrás; pero diferentes embarcaciones llegaron cerca de las Naos. *(De la «Historia de los descubrimientos austriales», Crónicas de América, número 25, Edición de ROBERTO FERRANDO.)*



Restos del fuerte español de Santiago en Manila